



*Lo mejor (no) es que te vayas*

Remedios Zafra





*-¡Que de aquí no salga que te vas por algo tan burdo y ramplón como un trabajo, tan baladí como un suelo sin intermitencias, tan cursi como una posibilidad!-*



En este lugar (verdadero) donde acontece lo que sigue, las mujeres perfilan las paredes con una delgada cenefa de nogalina. Aquí todos saben que la escritura es una cenefa... y que la cenefa es una escritura, virgen, ideogramática, secular, una escritura-surco. Si su cauce es indeciso y poco visible las historias se suspenden en un limbo de piedra sin desenlace claro.

Con el paso del tiempo, muchas casas y tierras se van quedando vacías y el trazo de la cenefa se va haciendo progresivamente más borroso e intermitente hasta casi desaparecer. Conforme esto sucede las familias dicen a sus hijas: "Lo mejor (no) es que te vayas". La respuesta de las mujeres difiere: algunas hacen oídos sordos y siguen pintando su cenefa, otras se marchan definitivamente, pero la mayoría "se van y se quedan".

En cualquiera de los casos se establece entre ellas un pacto implícito por el que acuerdan no hablar nunca más del tema y sí hablar de las pequeñas cosas. Se piensa en el lugar que quien no se deleita con las pequeñas cosas es gente peligrosa.



*Porque el que vive más de una vida  
debe morir más de una muerte.*

Oscar Wilde

Si el blanco y negro estaban condenados a guardar silencio en el zulo de una caja yerma incluso para el polvo, no era así con el color que se había proclamado depositario de los recuerdos recientes. Dos cámaras de fotos hacían el trabajo. Una de ellas la última Polaroid traída de unos grandes almacenes de la capital como regalo de cumpleaños. Y, si las cámaras eran las hacedoras de la imagen-recuerdo en color, el museo donde se mostraban los retratados era la mesa camilla. Bajo el cristal ovalado que protegía a la madera se apretaban varias capas de fotos. Cada estrato una época, una cena, una fiesta, un nacimiento, una navidad congelada.

Cabía esperar que, así como las fotos, las personas que aparecían en ellas fueran también de color. Lo eran, pero no los que habitualmente estaban detrás de la cámara, los dueños de la casa: Sierra y Frasco. Ellos eran en blanco y negro.

Tal vez ese fuera uno de los motivos por los que sus nietas les tenían miedo y aprensión, respectivamente. Hasta cierto punto el miedo a Frasco era comprensible pues apenas le veían ya que pasaba sus jornadas de jubilado en el campo. Algo más extraña era la aprensión que sentían hacia Sierra, a cuyo color debieran estar acostumbradas, ya que con ella compartían gran parte de su tiempo. Quizá si hubieran sabido que pronto Sierra iba a morir una vida su actitud habría cambiado. De momento nada hacía sospecharlo.

El caso es que regalarles cada semana una de esas bolsitas que venden en el quiosco del pueblo y que contiene una zanahoria, una cacerola, dos platos y dos tenedores de plástico -todo en miniatura-, prepararles desayuno y merienda, llevarlas al colegio y consentir alguno de sus caprichos almibarados, no parecía

ser suficiente para que Sierra se hiciera acreedora del afecto regular de las crías. Su apego estaba marcado por visibles momentos de rechazo y por esa crueldad punzante sólo consentida a los niños. Por el contrario, hicieran lo que hicieran las nietas, Sierra parecía inmune a sus desdenes y nunca las amonestaba con un reproche o una demanda de cariño. Ella siempre sonreía y cuando decían "no quererla" se marchaba, ni siquiera cabizbaja, a la cocina.

Puede que fuera por su color blanco y negro, o por ese olor peculiar consecuencia del mismo, como a grafito sobre papel de estraza, que emitían ella y su marido. Puede que para las niñas esta diferencia de los abuelos no estuviera todavía asimilada y que les produjera rechazo porque al mirarles sólo veían esto. Aunque, curiosamente, para los demás, acostumbrados a la peculiaridad cromática del matrimonio, ésta pasara absolutamente desapercibida.

O puede que el afecto no correspondido que sufría Sierra tuviera que ver justo con lo contrario, no con la visión de su rareza sino con la no-visión de la mujer. Concretamente, con lo que su hijo diagnosticó como "ceguera por incondicionalidad". Las niñas la rechazaban porque no la veían ya que ella siempre estaba allí, disponible para la familia a cualquier hora y en cualquier situación, sin negociación previa.

Por lo demás Sierra era una mujer de pueblo que ni por aspecto, trabajo o conversación dejaría de pasar desapercibida en su contexto. Nunca ser cumplidora ama de casa y jornalera del montón, tener rostro amable pero ni guapo ni feo y hacer siempre, repetitivamente, lo mismo, fue motivo para resaltar. Nunca a esto se le llamo cosa distinta que "ser normal" aquí, o "mujer de pueblo" para los de fuera. Tan normal era su vida que siempre fue como era entonces, pocas diferencias. Quizá la única visible era el considerable aumento de peso que Sierra había experimentado en los últimos años y, de forma paralela, una creciente (y no escondida) obcecación por la comida.

A todos sus hijos les preparaba copiosas comidas; todos sus regalos estaban relacionados con la comida; la mayoría de sus comentarios aludían a las comidas o ponderaban el aspecto rollizo de alguna persona y su buen comer... Y no es que Sierra dedicara todo el tiempo a cocinar y a engullir sus platos, ni mucho menos. Desde temprano comenzaba su jornada: limpiaba, cuidaba de las nietas, hacía la compra, lavaba, cocinaba, fregaba, regaba sus plantas, de nuevo cuidaba de las nietas, planchaba, otra vez cocinaba, limpiaba y los fines de semana, junto a su marido Frasco, se ocupaba además de un huerto del que solían sacar gran parte de las verduras y frutas que consumían. Varios meses al año participaba además en la recolección de aceitunas (sin omitir las tareas citadas).

Diariamente y en función de la temporada agrícola, Sierra apenas tenía unos pocos minutos para descansar. Minutos que solía dedicar a planificar las comidas del día siguiente y, a la par, hacía que miraba la televisión. Verdaderamente casi nunca prestaba demasiada atención a la tele y terminaba reordenando sus fotos de familia bajo el cristal de la mesa camilla.

Sin duda esta mesa era un territorio ambiguo para Sierra. Mientras las fotos permanecían visibles sin ningún mantel de encaje o hule encima, la mesa operaba como lugar para el reposo del recuerdo, una especie de palimpsesto sagrado donde rezar a algún familiar desaparecido y pedir por los ausentes, tristes o enfermos. Ella que se consideraba religiosa -a su manera- llamaba rezar a toda reflexión silenciosa junto a una imagen, así como al ejercicio recordatorio de sus deseos vitales: "salud, trabajo...", lo del amor prefería pedirlo en exclusiva para los hijos. En ella sólo quedaba ya como tema de juventud, ahora complejo y cargado de resignación (mito, novela y cruda realidad batidos y a partes iguales).

Sin embargo, cuando el mantel tapaba aquel museo-confesionario horizontal, Sierra volvía obsesivamente a sus comidas. Así, en la mesa vestida de platos nunca se le escuchó a Sierra un comentario no referente a la comida, tampoco una queja, una palabra malsonante, una invitación no relativa al guiso del día al postre de mañana, nunca. Ella preparaba, servía, vigilaba, rellenaba, retiraba y lavaba los platos de todos mientras los platos, indirectamente en su estancia en la mesa, asentaban la cubierta de fotos, sedimentando una base de afectos sobre la que comer... sobre la que vivir.

En los almuerzos como en las cenas, boca muda y oídos sordos a la vehemencia de los gestos calientes del vino y al temperamento de su marido, a sus comentarios (como él y como su mirada) blancos y negros.

Habituada a los soliloquios de Frasco, Sierra había convertido las palabras y sonidos que emitía el hombre en rumor de fondo, sinfonía sin mensaje, gestos automáticos y sin matices. Ante ellas y su histrionismo frente al televisor (otro más en la mesa), la mujer permanecía impasible, aparentando que de nada sabía y que por eso no hablaba, que él hablaba por los dos, que ella no entendía de política ni de nada, sólo de comida, pero sobre la comida nadie más que ella hablaba.

En las reuniones de familia (siempre delante de un plato servido por Sierra) y contrarrestando el ímpetu del padre, los hijos, nueras y yernos hablaban poco y más bien bajito, casi nunca seguían el hilo a Frasco, casi nunca iniciaban un hilo con Sierra. En pocas ocasiones se atrevían a llevar la contraria al padre de manera directa. De forma que, como Frasco (actor principal) era dado a hablar con la tele gritando a aquellos que no le gustaban y repitiendo insaciable su manida y vieja parte del guión (fuera cual fuere la obra), la película representada siempre salía en blanco y negro:

*Sierra callaba, Frasco hablaba, Frasco se exaltaba, los hijos le tranquilizaban, risas después, un grito de Frasco, todos callaban, Sierra daba codazo a la nuera o yerno más cercano, le recriminaba que no había comido lo suficiente y servía por segunda vez los platos de todos. Al final del clásico, Sierra recogía platos y mantel, alguien se levantaba y hacía el amago de ayudar y Frasco exclamaba: "¡Quietos, que para eso está ella. Además, le gusta!" Sincronizada con la tensión del momento y en alianza inconsciente con el viejo, se escuchaba una voz infantil que pedía con*

*urgencia: "Foto, foto. Todos juntos." Pero la mayoría de las veces Sierra no llegaba a tiempo. Cuando sí, todos en color, ella y Frasco en blanco y negro.*

Todo era igual cada día en los días de Sierra y Frasco. La única novedad es que Sierra engordaba, pero atendiendo a la normalidad de este cambio en las paisanas de su edad, Sierra no daba demasiada importancia y pensaba que esto le pasaba a todas las mujeres de pueblo del mundo.

Hasta que Sierra comenzó a morir. Era un día de otoño por la mañana.

Sierra volvía a casa de la plaza de abastos cuando advirtió un cartel en el cruce de calles más transitado del pueblo: una esquina curva usada como lugar de anuncio de los eventos y avisos municipales. Aunque Sierra sabía leer más mal que bien, sólo tuvo que prestar atención a las palabras de su vecina Antonia que, viendo poco como veía, se había acercado tanto al papel que lo tapaba a la vista de los demás, mientras recitaba su contenido en voz alta. Con paciencia consiguió descifrarlo:

*"Pró-ssi-mo mar-te, tree de no-vi-em-bre, a laa se-i de la tar-de, re-u-ni-ón de mu-je-re en el sa-lón del a-yun-ta-mi-en-to. Ooh es-pe-ra-mo (só-lo mu-je-ree)."*

Sierra pensó si alguna vez había ido sola a alguna reunión de mujeres, después pensó si había ido sola a alguna reunión y por último pensó si había ido a alguna reunión. Que ella recordara, únicamente salía sola a hacer mandados y a visitar a algún familiar o vecino enfermo, nacido, muerto o casado. El resto de ocasiones (ir al campo, salir a misa, ir a la caseta de feria, al bar de la plaza, salir de carrizo en navidad, de *melenchón* en carnaval o viajar a los pueblos de alrededor) siempre lo había hecho con Frasco. Y eso de las reuniones... que ella recordara, no había estado en ninguna.

A una semana vista de la reunión de mujeres, la posibilidad de asistir se convirtió durante varios días en un pensamiento obsesivo para Sierra. Hacer algo que nunca había hecho "¿por qué no?" Aunque no ocultaba cierto nerviosismo por el simple hecho de plantárselo. Semejante posibilidad le hacía sentir que su vida era más inestable de lo que pensaba, que aún había lugar para lo inesperado. "Hacer algo distinto ¿y si me gusta?", se preguntaba.

¿Sería tan frágil su mundo como para venirse abajo por una reunión de mujeres? ¿Qué diría su marido si ella asiste? ¿Qué dirían sus hijos? ¿Quién cuidaría a las nietas esa tarde?... "Tal vez lo mejor (no) es que no vaya".

Frente al temor de poner en peligro la monotonía tranquila de su vida cotidiana por una reunión cargada de incógnitas, Sierra podría haber optado por olvidar aquel anuncio y continuar su vida en blanco y negro como ayer y como hace dos, tres, cuatro, diez, veinte, quizá treinta años. Sin embargo, no estaba

entrenada en tomar decisiones de ese tipo y, si bien no podía afirmar que SÍ iría, tampoco se sentía capaz de garantizar que NO.

Visto el callejón sin salida al que llegaba una y otra vez, pensó que la única alternativa que le quedaba era poner su voluntad en manos de otros que sin saberlo eligieran por ella, un azar. Y ahí, dejar que la muerte y la vida, el sí y el no, jugaran su partida. En aquel momento ella no presentía que una viene de la mano de la otra. Ni mucho menos que estaba a punto de morir una vida.

Así, se despertó al amanecer del mismo día tres de noviembre buscando en la luz una señal que la ayudara a decidirse. Lo echaría a suertes en la caída de los pétalos de las flores que tenía en su balcón. De esta manera, la maceta que olvidó llevar al cementerio el día anterior sería ahora el fetiche responsable de aquel posible atrevimiento o, en su caso, de la tranquilidad de "seguir igual". Se dijo: "Si ha caído algún pétalo, asistiré a la reunión. Si, por el contrario, las hojas siguen prendidas haré como si nada hubiera pasado."

Dos pasos desde la cama, una cortina recién lavada, una puerta de madera atascada, la sombra de una maceta... A punto ya de conocer su destino circular o sus agujeros triangulares... Un paso más, un requiebro de pétalos, "una flor completamente deshojada" y una decisión que (quiso pensar) alguien tomó por ella.

Desde aquella mañana, como si las hojillas rosáceas desvanecidas se inyectaran en la piel blanca de la mujer, sus mejillas comenzaron a sonrojarse, aunque entonces nadie apreció el incipiente rubor de su cara, ni mucho menos que había muerto una vida.

A aquella primera reunión siguieron varias. En principio cada mes, más adelante cada semana y en ocasiones varias veces a la semana. En las reuniones las mujeres hacían gimnasia y bailaban; pintaban, grababan las canciones de navidad y de carnaval que tan bien recordaban y aprendían otras nuevas; hablaban entre ellas, sí, reían y hablaban mucho entre ellas y, con frecuencia, alguna persona de fuera les hablaba a todas.

Durante los meses siguientes Sierra continuó cambiando la tonalidad de su piel que empezaba a virar a gris rojizo, en parte anaranjado en sus labios, en parte amarillento en nariz y orejas. Sus manos se hacían violáceas y sus palmas todavía blanquecinas creaban sombras de color ámbar. Cada semana una nueva veladura en su cuerpo y, con ella, un matiz que convertía en recuerdo su viejo olor a grafito sobre papel de estraza. Ahora Sierra olía como a base de témpera escolar y, si le daba el sol, olía a jazmín de verano.

Todos sus vecinos apreciaron el cambio ya muy visible y lo ponderaban por lo guapa que lucía. No así su marido, no ya porque no la mirara sino porque Sierra utilizaba con él la estrategia que su hijo bautizó como "ceguera por incondicionalidad".

Lo cierto es que Sierra no se había percatado de que ella usara estrategia alguna en su relación de pareja pues le salía automáticamente pero, desde que su hijo soltó un día esta expresión en relación a las niñas, tomó conciencia de que su vida estaba llena de "ceguera" y de "incondicionalidad".

Sierra percibió que si todo estaba en su sitio, la comida caliente, la ropa planchada y sus riñas y respuestas eran las mismas ante los comentarios también similares de su marido, éste advertía el mundo (incluida a su mujer) como un paisaje de fondo absolutamente tranquilizador, donde no había contraste ni novedad sobre los que reparar con la mirada.

Ser invisible daba normalidad y reposo a su vida con Frasco. Se la hacía más fácil y le evitaba enfrentarse a los posibles reproches de su marido. Claro, ella iba camuflándose en el escenario de siempre sin que Frasco notara cambio alguno, pero trabajaba el doble para que él no notara su falta. Era inevitable y necesario que algún día se enterara, bien porque Sierra bajara la guardia, bien porque Sierra decidiera que ya estaba bien, que ya era hora de que su marido "la viera".

Y así fue. Lo que sigue pasó unos meses después de aquella primera reunión de mujeres. Esa noche la familia (con tele) al completo cenaba en casa. Todo transcurría según lo habitual, como tantas veces cada cual seguía su parte del guión en la obra. Todo parecía igual... hasta que en un silencio de sopa Sierra abandonó la cuchara sobre el plato, miró la tele y en tono firme habló. Habló para posicionarse a favor de un joven político, justamente al que su marido (hasta entonces actor principal) había increpado segundos antes elevando su copa de vino, como si hubiera querido derramarla sobre su cabeza-pantalla.

Sierra sólo dijo: «**¡Pues a mí me gusta!**» y volvió la mirada hacia los platos de sus hijos, nueras y yernos para supervisar que estaban comiendo. A simple vista Frasco se hizo el sordo, aunque todos intuyeron un crujido seco en su garganta y una imagen grabada en sus ojos: Sierra reflejada, traída al primer plano de aquella visión ciega del hombre, perfilada, en color y sonriente sobre un fondo gris de acero, ahora resquebrajado, resquebrajándose, en sus pupilas.

Fueron apenas unos segundos en los que se percibía el brote de un estallido, la fragilidad latente del cristal de la mesa camilla, los cuellos de todos encogidos y sus hombros en tensión, la familia en conjunto más pequeña y quebradiza, el patriarca a punto de detonar con la mecha de vino chamuscándose en sus pupilas, desparramado en sombra sobre una Sierra erguida y sonriente... Fueron apenas unos segundos de tensión en los que Frasco, ante la sorpresa del grupo, optó por callar.

De no ser porque a la salida de la casa todos corroboraron lo escuchado, habrían pensado que era una alucinación provocada por las setas de la cena. No era poca cosa el comentario de Sierra, teniendo en cuenta que en las elecciones nunca votó cosa distinta a la de su marido, que él incluso guardaba su documento de identidad y que preparaba las papeletas de ambos. No, no era poca cosa.

El incipiente cambio de actitud de Sierra hacia Frasco no generó en el hombre transformación visible. Mientras la mujer mudaba su color, Frasco seguía siendo el viejo en blanco y negro de siempre. Si bien Sierra empezaba a observarle unas, casi imperceptibles, sombras grises, leves nubes, bajo los ojos y en las manos. Por momentos, también apreciaba cierta colaboración en casa, incluso una ligera dulcificación, con tintes de resignación, en su carácter. Pero no estaba claro si esto lo percibía todo el mundo o sólo lo veía ella, es decir, si el cambio estaba en sus ojos o en Frasco.

\*\*\*

Pasó el tiempo. Semanas antes de que Sierra muriera le diagnosticaron una grave anemia de grafito. Decía el médico que nació siendo blanco y negro y que había retado a todas las leyes conocidas haciéndose de color. Insólito. ¿Acaso un gato puede convertirse en un tigre sólo porque sí o, lo que es peor, por firme propósito? ¿Un agujero circular en un triángulo?

No hallaron explicación médica unánime al desencadenante de aquella mutación con la que Sierra había vivido feliz sus últimos años. Tampoco demostraron científicamente que su enfermedad y el cambio cromático que experimentó tuvieran relación, pero ambos formaron ya parte del mito de Sierra en el pueblo.

Como suele pasar con las personas inolvidables cuando mueren dejan su imagen, habitualmente su rostro, en algún sitio. En el palimpsesto de su mesa camilla quedó impreso el de Sierra. No en una foto, ni en un estigma blanco y negro -como rostro-mancha sugerido-, sino en una bella imagen en color construida con todas las fotos (ahora puntos impresionistas), visible sólo desde "un arriba", para quien se atreve a mirar el mundo de otra manera.

Nadie se enteró de que era la segunda vez que Sierra moría. Y, de la misma manera que tuvo una segunda vida, ella, amante de velas y de deseos enterrados en sal, murió queriendo vivir una tercera, desde el principio al final, esta vez con condiciones, todita en color y cinemascopio.

## **LAS LÁGRIMAS DE LAS GOTAS**



*¿Tienen lágrimas las gotas?  
¿Cómo se sabe si llora el río? ¿Tiene hierba la hierba?  
¿Por qué lloran las gotas? ¿En quien se lloran las lágrimas?*

Viven en un campo de zarcillos morados y hojas sin descanso. Allí las gotas, como los peces, no saben que están mojadas. Y no tienen alternativa (o no lo saben).

Antes, en el campo de zarcillos morados y hojas sin descanso, si usurpabas el puesto de él eras "hombra", pero nadie lo hizo porque ni siquiera tuvieron que inventar la palabra "hombra". Si, simplemente, te limitabas a estar eras hembra, gota mojada sin saberlo. Fácil de ser porque suponía ser lo que eres, porque allí eres lo que te tratan. A la décima vez de verlo, lo reproduces y entonces "eres".

La cabra hembra "es" porque lo es, y lo sabe, y lo ve en las otras y se ennoblece al parir cabritillos y al dar leche de cabra. Pero, ¿que pasaría si la cabra opta por no tener crías o si decide operarse para no dar leche, o para darla, por ejemplo, con un suplemento de calcio? O ¿qué pasaría si la cabra prefiere maullar? No sería cabra entonces, sería una renegada, una no-cabra, una cabra mutante. "¡Cabra pervertida!, ¡abyecta!, ¡puta!" la llamaría algún macho cabrío y alguna otra cabra. "¡Qué cosas! ¡Vender su esencia de cabra! Hermanas cabras: No desestiméis la posibilidad de un flirteo humanofílico con el cirujano que la operó." (En el reino caprino con la sospecha basta)... Desterrada pues del rebaño, condenada a pudrirse en un cortijo abandonado. "¡Ay, pena de mi cabra!" Este temor perseguía a los padres... de las cabras.

Y si fueras mujer hembra en el campo de zarcillos morados y hojas sin descanso, los hombres padre y las mujeres madre sufrirían si tuvieras iniciativa de suplemento alguno en la tierra, pero no tanto si fueras gota sin saber que estás

mojada (normalmente ellos tampoco lo saben). En cualquier caso, hoy en día "lo mejor es que te vayas", te dicen casi todos mientras secan sus manos al sol. Cuando escuchan esto, las hijas sienten que han vivido en un tiempo que no les pertenecía y advierten que el barco se hunde.

En el campo de zarcillos morados y hojas sin descanso la profesión de las mujeres suele ser poco variada, también la de los hombres. Pero en su caso (mujeres) además es no visible, no cuantificable, presupuesta, exigible a menudo sin contrato de trabajo, no tiene denominación específica en el catálogo de profesiones serias y remuneradas, tampoco derecho a jubilación, reconocimiento, ni horas libres para tomar café "sola" en el bar del pueblo ("¡Mirad. Hay una cabra en la barra!").

Esta no-profesión cuenta entre otras con las siguientes tareas: cuidar de la vida cuando la vida comienza, cuidar de la vida cuando la vida sufre, cuidar de la vida cuando la vida envejece, mayormente. De manera que viene dada por pseudo-acreditaciones del tipo: mujer-madre, mujer-cuidadora de ancianos, mujer cuidadora de familia, mujer-cocinera, mujer-limpiadora, dadora de afectos...

Los hombres suelen trabajar en el campo casi todo el año. Durante tres o cuatro meses (Santa Bárbara, que era mujer, pero santa, suele dar la señal) las mujeres (cuidadoras de las vidas que nacen, crecen, sufren y envejecen) se unen a la cuadrilla como jornaleras. Ellas recogen y ellos vanean, y al llegar a casa ellas recogen y ellos "barean".

Si una hija de una mujer-madre-ama de casa-jornalera tiene que escribir la profesión de los padres en un formulario escolar siempre pregunta: "¿Qué pongo en la casilla de mi madre, señorita?".

Y cuando las niñas crecen algunas suelen quedarse en el pueblo, la mayoría como mujeres-madres-amas de casa-eventuales jornaleras, todo junto o en combinaciones de dos. Desde hace años varias salen del campo de zarcillos morados y hojas sin descanso, suben y bajan escaleras, van y vienen y se convierten en interinas-opositoras, maestras y enfermeras, principalmente.

Pensarán que es mentira pero las gotas tienen lágrimas. Yo lo he visto y lo sé porque encontré varias que pudiendo llorar no lloraban.

## LA EXILIADA



*Exiliarse no es desaparecer sino empequeñecerse,  
ir reduciéndose lentamente o de manera vertiginosa  
hasta alcanzar la altura verdadera, la altura real del ser.*

Roberto Bolaño

Con un minúsculo hilo de voz, casi invisible su cuerpo y ya sin melancolía afirma que fue lo mejor. Que su vida mereció la pena aunque supusiera un exilio de sí misma.

Carmen Jiménez nació en una familia de ganaderos y esto en un contexto donde todos eran agricultores parecía algo singular. A Carmen no le disgustaba en absoluto.

Su abuelo paterno pasó tanto tiempo en la sierra cuidando cabras y ovejas que muchos, no sin socarronería hacia su aislamiento, decían que el pastor había mimetizado rasgos de las cabras: nariz y mentón en línea continua, piel curtida, barbilla en punta, comedimiento en palabras y, tan poco acostumbrado al trato con personas, esos sonidos agudos y tímidos (como tenues balidos) al hablar. Parece que todo ello contribuyó a afianzar el apodo de su familia: "Los Cabras", que no los cabreros como por la lógica de su profesión cabría sugerir.

El padre y el hermano de Carmen Jiménez habían heredado el físico del abuelo y también algo de su carácter. Aunque a diferencia del anciano no querían vivir en el cortijo de la sierra. Preferían hacerlo en el pueblo, aun a costa de levantarse todos los días de madrugada para emprender su camino rumbo a las cabrerizas.

El nuncio de la mañana para los vecinos era el golpe seco de la puerta de los Jiménez seguido del retranqueo del motor de un destartado Land Rover.

Justo a las seis de la mañana, todos los días del año, los Jiménez se dirigían puntualmente a su trabajo.

Al poco de aprender a hablar, Carmen Jiménez ya insistía en acompañar a su hermano y a su padre en los desplazamientos del rebaño por la sierra en busca de pastos frescos. Ella veía que las mujeres y niñas hacían trabajos de casa y en la casa y que no se dedicaban a la trashumancia. Lo supo porque lo vio, no porque nadie se lo dijera. Aunque en su caso, para repetir dicho destino no le bastó con verlo y desde pequeña Carmen se resistió a hacer lo previsible.

Ya de chica Carmen Jiménez ordeñaba las cabras cuando las bajaban al pueblo. Y, desde que aprendió a leer y escribir, era frecuente que también le permitieran subir a las cabrerizas con su familia para ayudar en lo que terciara.

Con el paso del tiempo, y al contrario que sus parientes, pasó de apodarse Carmen "La Cabra" a ser Carmen la pequeña "Cabrera".

En su camino por las cañadas y pastizales, su padre y su hermano eran sobrios en conversación, como también lo fue su abuelo. Más dados a silbar que a hablar, rara vez se comunicaban entre ellos sino por gestos automáticos. Sí lo hacían en cambio con las cabras y los perros, aunque de esta misma manera.

Como la pequeña Carmen era bastante tímida, desde que se unió a ellos se sentía cómoda en aquel contexto. Le gustaba especialmente el silencio de sus desplazamientos por la montaña.

No sabemos qué podía pasar por la cabeza de los Jiménez en su itinerancia por los montes y campos, aunque un día supimos que para Carmen aquellos viajes eran parte de otros más profundos. Con tremenda fantasía y buena memoria para los cuentos e historias, la sierra era el lugar perfecto para que Carmen Jiménez volara a gusto su imaginación. Le salía, no podía evitarlo. Primero solía memorizar las canciones y fábulas que escuchaba en el pueblo o los sucesos que acontecían en la comarca y después, en la sierra, escribía lo que recordaba modificando las historias y los personajes, intercambiando sus roles y géneros.

A todas partes llevaba un cuadernillo de dos rayas y un par de lápices que Laura, la panadera, le iba regalando conforme se le terminaban. No sin motivo había una especial sintonía entre las dos, mezcla de la ternura que sentía la mujer por la niña cabrera y, por otra parte, de un sentimiento solidario respecto a ese madrugar innegociable y compartido por ambas que no entendía de festivos ni descansos. Cierto es que para la niña era fruto de una elección y que Laura, sin embargo, lo vivía sin otra alternativa, siendo Carmen y los demás ganaderos no sólo su temprana compañía sino causa de que ella les precediera en la jornada de trabajo. Cara y cruz, puesto que de una u otra manera todos contribuían a mantener los negocios de todos y esa solidaridad era clave para la comunidad.

Lo curioso es que a Carmen Jiménez sí le gustaba madrugar y, especialmente, recoger sus lápices nuevos. Sí, le gustaba mucho, pero más aún le gustaba escribir, y casi tanto o más le gustaba leer. Aunque esto sólo lo podía hacer muy precariamente. En su casa apenas había unos cuantos libros (cartillas de la escuela y una Biblia usada como objeto decorativo). Tampoco era frecuente en aquellos años que salieran a la ciudad (ni mucho menos para comprar libros). Consiguió, no obstante, algunas revistas y varios tebeos que le regaló su tía. También un par de volúmenes de una enciclopedia que leyó ya varias veces. Su padre los encontró en la casa abandonada de una familia que se marchó del pueblo y a los que el abuelo de Carmen Jiménez llamaba "señoritos".

Realmente, elegir sus modelos de vida e imaginar su lugar en el mundo no le resultaba fácil estando en un contexto que se jactaba de ser para hombres como el de la ganadería. Y la lectura en esto tampoco era de mucha ayuda. En las revistas sus referentes en poco se diferenciaban de las mujeres del pueblo. Las imágenes eran distintas, su peinado y puede que su trabajo, pero en las telenovelas impresas que le dio su tía todas las mujeres aparecían como jóvenes obsesionadas con la belleza y el matrimonio, no más. Y en los tebeos no encontró a ninguna mujer cabrera. Desilusionaba bastante. Lo sorprendente fue lo de sus dos volúmenes de la enciclopedia titulada "Historia de la Ciencia". Allí ni por asomo aparecía una sola mujer, ¡qué decir de las posibles mujeres cabreras! Carmen sabía que lo suyo no era una ciencia, pero alguna foto o rastro indirecto de su existencia habría sido tranquilizador para "reconocerse" ella misma. Hasta cierto punto era imaginable, porque si las mujeres científicas eran invisibles en esos dos volúmenes, cómo no iban a serlo las "no científicas". También habría que precisar que ella sólo pudo corroborarlo desde la letra "A" hasta la "G", por lo que aún mantenía la duda de si, por alguna extraña regla taxonómica, "todas" estaban en el resto de tomos que le faltaban.

En cualquier caso, esto no supuso demasiado problema para Carmen Jiménez, habituada a volver las situaciones a su favor. Si bien la ausencia de modelos la paralizaba en ocasiones, nunca frenó su imaginación. Es más, el reto le parecía estimulante pues así podía "imaginarlo todo".

Tan activa era su fantasía que conjeturaba nuevos modelos de identidad y de convivencia entre el ganado, como experimentando los que ella -de tener alguna autoridad en el mundo- sugeriría a los que hacen revistas, tebeos y enciclopedias. Para ello previamente necesitaba identificar a los animales y convertirlos en personajes de ficción. Si alguna cabra desaparecía inventaba rebuscados motivos para explicar su pérdida, normalmente relativos a que el sistema de convivencia imaginado era fallido para el rebaño, entonces probaba otro.

Dicha afición la obligó a poner nombres a cada una de las cabras que cuidaban. Claro, estos no coincidían con los puestos por su padre y hermano. De hecho, cuando ellos se referían al rebaño lo hacían de una manera general y muy práctica, y si habían de particularizar normalmente atendían al tamaño, color,

pasividad o salud de la cabra en relación al resto. De manera que apenas media docena fueron bautizadas por algún calificativo invariable que las singularizara.

En esto no fue muy original Carmen Jiménez pues, aunque intentó nombrarlas por características propias del animal, todas ciertamente se parecían demasiado. Así, en muchos casos tuvo que optar por inventarse un nombre en función de variables externas que pudiera memorizar. Lo hizo, recordando los respectivos nacimientos o bautizos caprinos (día de la semana, color del cielo, estación del año, día del mes...). Obvia decirse que las combinaciones le resultaban siempre con foráneo aire piel-roja: *Terceanubedeverno*, *Cincodeenerogris*, *Lluviaazuldemarzo*... y creaciones del estilo.

Carmen, tan reservada como “Los Cabras”, mantenía los nombres en secreto, pero en alguna ocasión no pudo evitar que se le escapara alguno con la consiguiente risilla de su hermano y frente al ceño fruncido de su padre, que toleraba más la rareza callada que la imaginación compartida.

\*\*\*

Pero todo esto pasó hace ya mucho tiempo. Ahora Carmen Jiménez es mayor. De hecho, ya no recuerda muy bien las advertencias que le hicieron sus padres cuando era muy pequeña, cuando no veían con buenos ojos que se dedicara a la ganadería. Sí recuerda, no obstante, algo que le decía su madre, cuando adelantándose a todos Carmen madrugaba más que nadie para subir a la sierra: “Carmencita, hija, lo mejor es que no vayas”.

Nada pudieron hacer con el empeño de la niña y, finalmente, se fueron acostumbrando. La constancia convirtió en algo normal que a las seis de la mañana Carmen Jiménez se marchara a las cabrerizas con su padre y con su hermano, y que pasara de acompañarles a ser una más del grupo. Para todos Carmen tenía algo de nómada, como el resto de ganaderos. Pero lo que nadie sabía es que lo de Carmen era un doble viaje, el del nómada y el de la exiliada de sí misma.

Como todo, tuvo sus consecuencias y, conforme pasaban los años, su cuerpo se fue haciendo inexplicablemente más y más chico. No sólo porque iba envejeciendo y su espalda empezaba a encorvarse levemente, sino porque realmente ella se estaba haciendo muy, muy pequeña, cada día más minúscula.

Ahora, chiquitita como el muñeco de un niño, vive en el cortijo del abuelo, donde peregrinan algunos pensando que está tocada por una mano celestial, que su peculiaridad física la convierte en alguien mágico. Ellos la llaman “santera”.

Con un minúsculo hilo de voz, casi invisible su cuerpo y sin melancolía, lee sus historias a quien la quiera escuchar y afirma a los que la visitan que fue lo mejor. Que viajar con las cabras y con su imaginación mereció la pena aunque supusiera un exilio de sí misma. Y desde un viejo sillón de orejas, mueve sus

piececillos enanos como guisantes y les dice (ellos oyen) que uno de sus deseos se cumplirá al salir. Y los peregrinos se van contentos —y más bajitos— a sus casas.

## TESTIMONIO ANTE UN PRÓXIMO DESMANTELAMIENTO



### **manijero.**

*(Del fr. ant. maisnagier).*

1. m. Capataz de una cuadrilla de trabajadores del campo.
2. m. Hombre encargado de contratar obreros para ciertas faenas del campo.

### **manijera.**

*(De manija, influencia).* 1. adj. coloq. Arg. y Ur. Que intenta captar la voluntad de un tercero para causar dificultades o polémicas. U. t. c. s.

Señor manijero:

Sí, es cierto que directamente nunca hice grandes cosas, ni tampoco he contribuido -indirectamente- a hacer grandes cosas. Me refiero, y usted ya me entiende, a cosas grandes, importantes, como trabajar para terminar con el hambre y la violencia en el mundo, ser voluntaria en una misión de paz o participar en una cadena de buenas acciones, con objeto de que mi gesto sirva de ejemplo a otros. Ni siquiera creo que no hacerlo y reconocerlo me sitúe en una posición preferente respecto a quien lo hace buscando sólo algún tipo de satisfacción personal. Nunca hice nada de esto, le digo, ni tuve intención de hacerlo, sobre todo porque ni supe que "yo" podía hacerlo, ni de saberlo habría podido.

Tampoco escribí un libro, ni planté un árbol. Bueno, esto último lo hice, sí. Al menos ayudé a hacerlo, aunque fue mi marido quien cavó los hoyos e introdujo los plantones de olivo en la tierra. No obstante, de muchas maneras yo he contribuido a que él lo haga. De todas formas, usted me corregirá, pero creo que si es por trabajo no cuenta. Además no lo hicimos conscientes de la

trascendencia que da a este acto quien planta un árbol para hacer "algo importante" en la vida. Igual que lo de los hijos. ¡Qué le voy a contar!

Al no hacer dichas cosas que, convencionalmente, me situarían en una posición privilegiada de felicidad por inversión de felicidad para otros, lógicamente, nunca he sentido esa plena sensación que narran los que protagonizan esas experiencias heroicas. Tampoco hice las propias de quien tiene mucho dinero y puede permitirse felicidad "pagada". Como ya sabe, no lo tengo y, según dicen en la iglesia (el cura, que es el que desde su púlpito y sin darnos derecho a réplica, presume de saber administrar nuestras aspiraciones inmateriales), la nuestra, a la que podíamos aspirar los de aquí era la primera, la felicidad medida en función de la felicidad generada. No dudo de que las posibles experiencias de este tipo de felicidad serán inigualables, únicas, más totales... más inolvidables que las mías, puesto que se cuentan y, cuando menos, resistirán a dos o más olvidos de los que escuchen atentos dichas hazañas. Con franqueza, me da un poco de apuro contarle las mías.

Porque... dice usted que no dismantelarán mi pueblo si encuentran gente feliz ¿no? Tengo que reconocer que a mí me parece algo inaudita la condición que nos ponen usted y aquellos para los que usted trabaja, pero que conste que yo no sé de casi nada y presupongo que, usted y ellos, sus razones de peso tendrán.

Continuo, pues... Le decía que yo no pretendo trascender ni hacer partícipe a nadie de mis modestas pretensiones de vida, sólo le digo que las contextualice para valorar mi grado de felicidad.

Veamos, a los doce años comencé a trabajar recogiendo algodón y ese fue mi último recuerdo de niña. Desde entonces no he tenido vacaciones como supongo que usted las entiende y como yo veo eso de las vacaciones en televisión. Sin embargo, insisto en que a veces la he sentido: *es blanca*, sin adorno alguno, que recuerde, y difícil de describir con palabras. Sí, ya sé que recurrir a la inefabilidad de la sensación me sitúa en una posición poco original en mi argumentación, pero olvida usted que no tengo ningún propósito de trascender ni de que mi testimonio tenga un lugar preferente en su registro. De todas maneras, aunque le decía que tiene algo de indescriptible, intentaré acercarme a ella a través de experiencias reales.

Mi sensación de felicidad no ha estado motivada por ninguna heroicidad especial, ya le dije. Que recuerde, en esos momentos de mi vida sólo había equilibrios momentáneos en los ajustes de mi estabilidad afectiva y personal: la familia estaba bien, el campo no iba mal... Detrás había problemillas, no lo niego, pero la sentí, lo juro. Y duró el instante que tarda una peonza en girar hasta caerse... Sume usted, varias peonzas a la semana, a ver cuánto le sale. Supongo que cuantificado será más fácil para transcribirlo en su informe.

Lo que sentí fue efímero y egoísta. Tuve la sensación y no la compartí con nadie. Era íntima y, bueno, tenga en cuenta que no es como un caramelo que ofrecer y compartir con otros. Yo, al menos, la he vivido así.

También tenía su parte mística, sí. Siendo una sensación humana parecía ponerme en contacto con algo sobrenatural, aunque a veces creo que más que sobrenatural el contacto era "prehumano". Disculpe mi ignorancia sobre cuestiones metafísicas -y si no es molestia insista en que esto que le cuento es una "sensación"- pero confieso que me traía a la mente esos dibujos que pusieron en el museo del pueblo junto a los restos arqueológicos de la cueva. Esos en los que representan un paisaje de una época en la que todavía no había seres humanos... un tiempo frío y prehumano. Pues a eso me refiero.

Lo olvidaba, cuando la siento suele haber una brisilla fresca que me da en la cara y algo dentro de mí ensarta algo de ella. Como una memoria genética de la fría, casi gélida, caricia prehumana de la que le hablaba (de su intuición, más que nada).

Otra coincidencia en todas mis experiencias de la felicidad es que suelen producirse cuando estoy en mi pueblo o en el campo. Le diré que no he salido mucho de aquí. A mis cincuenta y seis años no he subido nunca a un avión y casi todos mis viajes los he hecho en autobús. Podrá deducir que mis estancias fuera del pueblo han sido del todo insignificantes como para asegurarle que esta sensación sea respuesta a estímulos sólo provenientes del campo y del pueblo, pero es lo que puedo decirle.

Contemplar el horizonte desde el patio una tarde de tormenta; pasear con mi perro por la sierra; mirar el campo desde la azotea; sentarme en la plaza a tomar el fresco; ver amanecer desde mi ventana; descansar sobre una piedra cuando subo a la sierra; el olor de noviembre; el final de la cosecha; subir la cuesta de la calle Nueva una fría noche de invierno; intentar contar las estrellas una noche de agosto y ni molestarme en pedir deseos; el crepúsculo desde la plaza, también desde la ventanuca del desván; el regreso de las golondrinas; la cría de gatos; los ojos de mi perra; leer un cuento en la escuela de adultas (se dice llamar de adultos pero, permítame que precise, el otro día recabé que sólo somos "adultas" las que vamos).

Disculpe, no terminé con mi lista de cosas que me hicieron sentirla. Sigo: el olor de la almazara; el sabor de los pestiños; descubrir flores nuevas en mis macetas; el sonido de los mulos por la mañana; parar el chorro de agua del pilar con mis manos; sentarme en el escalón de casa en verano y comer pipas con mis nietos mientras miramos las hormigas; el griterío de los niños cuando van a la escuela; el aire de la mañana y el aire de la noche; terminar el encalo y ver mi fachada reluciente; salir de melenchón en carnaval y cantar: "Fuego, carbón, maquinilla. Fuego que se apaga el tren, que va la niña despacio y no se puede entretener..."; Ay, ¡Cómo me gusta cantar!...; Contemplar mis macetas en el altar de las Cruces de Mayo; el olor de noviembre (creo que ya se lo dije), olvidé también: el olor de diciembre, el olor de enero, el olor de febrero, de marzo, abril, mayo, junio, julio, agosto, septiembre y octubre, el olor de los lunes, los martes, los miércoles, los jueves, los viernes, los sábados y los domingos; el olor a tomillo, a tierra abonada, a tierra mojada, a tormenta, a brasero, a aceite verde, a resol... El recuerdo de otros tiempos cuando en la sierra se segaba trigo, avena, cebada...

Cuando en los cortijos había casi más gente que en el pueblo, cuando iba a por leña, pero más cuando regresaba con ella; cuando mi padre volvió de Francia de la remolacha...

"Claro", pensará usted, "Pobre y necia. Tiene añoranza y considera feliz un tiempo de esclavitud y miserias. No sabe lo que dice." Y seguro que cuando lean mi declaración algún erudito la bautiza con alguno de esos síndromes en que una víctima defiende y añora los días de su sometimiento.

Disculpe otra vez, sólo le pido que no se precipite, pues mi añoranza, como usted entenderá, no es de mis fatigas como niña jornalera ni de lo que sufrí esos años, sino de que entonces tenía más vida por delante y ¡cómo me gusta la vida, señor manijero! La vida que en mi juventud estaba cargada de futuro, de un futuro mejor y de una intensidad con que, ¡qué se yo!, por contraste tal vez, apreciaba los momentos felices, estos que le decía: el agua fresca del pilar; el aire de la mañana subiendo a la sierra; el aire de la noche bajando de la sierra al pueblo...

Contraste que, de otra manera, también percibo ahora, pues si bien aquellos lugares estaban antes poblados y ahora yacen en ruinas con cadáveres de ovejas en su interior, a veces me digo que no advierten sino de una futura imagen que muchos anuncian para el pueblo si, finalmente, se deciden ustedes a desmantelarlo porque los pocos que aquí vivimos no somos lo suficientemente felices.

Por cierto, antes de marcharme quería pedirle que no olvide cuantificar también la felicidad del pueblo en sí, como parte afectada. Quiero decir: las casas, las calles, los árboles, el ganado y la tierra... ¿Quién hablará por ellos? Yo juraría que a ellos, como a mí, les gusta mucho la vida. Lo juraría. La vida, sí.

Me da que usted no está tomando nota, señor manijero. ¿Lo ha memorizado? ¿Se acordará de todo? ¿Se fiarán de sus palabras? Ahora que lo pienso... Creerá usted que alguien cuyo trabajo y hogar puede desaparecer no puede ser una persona feliz... ¿No redondeará por ello mi testimonio a la baja?

## EL RELOJ



Un despiste o una broma y, en todo caso, el éxodo progresivo de los habitantes de la aldea hicieron de este reloj un reloj atípico, más un cronómetro inútil que el reloj de Ayuntamiento que siempre fue.

Resulta que a alguien se le ocurrió conectar el reloj a una toma de electricidad que no siempre estaba operativa, es decir, que un día sí, otro también, alguien apagaba un interruptor y con él paraba el reloj. Puede que siempre hubiera sido así, que invariablemente desde que existe el reloj, éste hubiera estado conectado a dicha toma, pero en el pueblo no se habían percatado de que eso fuera un problema. De hecho, hasta hace un tiempo la electricidad en los espacios comunes estaba garantizada día y noche.

Todo cambió cuando la aldea empezó a despoblarse. Con poco más de ochenta personas en el pueblo, las horas de energía en calles y zonas comunes se han visto reducidas a apenas algunas por la noche.

María, la alcaldesa, les dice a los vecinos que ella no tiene la culpa, pues el dichoso interruptor no está en la aldea. Insiste en que se encuentra en una pequeña central de suministro de varios municipios de la zona a la que ninguno de ellos tiene acceso.

Tras varias solicitudes a las administraciones competentes requiriendo una solución al problema, los responsables del interruptor dicen a María que tienen la obligación de optimizar su uso y que el número de habitantes no es suficiente para alcanzar el mínimo rentable, resultado del 4 % de la última raíz cuadrada del algoritmo con que distribuyen la energía elevada al cubo. Le indican además que cuentan con el visto bueno de las autoridades de la provincia y de la comunidad. Para colmo le insinúan que si quieren electricidad todo el día "lo mejor es que se vayan" a otro lugar.

María no duerme por las noches rehaciendo esa dichosa cuenta y no entiende por qué algo tan básico como la energía depende de una operación matemática tan complicada. Parece que, de momento, no les queda otra opción que resignarse ya que, por supuesto, no piensan marcharse.

Respecto al reloj, todo esto no sería un problema si éste fuera un reloj pequeñito y privado, pero se trata del reloj del pueblo, algo más que un símbolo, una pieza indispensable para el trabajo en el campo, la referencia del resto de los relojes. Desde que todos recuerdan, sus campanadas han marcado los tiempos de la jornada de trabajo. La acústica de las montañas es buena y las horas, medias y cuartos pueden escucharse incluso en las parcelas del término más alejadas.

Claro, ahora todo es distinto, el tiempo se ha vuelto loco. El reloj no marca las horas del día según lo convencional. Su tiempo es peculiar. Marca sólo y como mucho unas seis horas al día en invierno y unas tres en verano. Ya no suena de día, sólo de noche.

Lo extraño del suceso es que algo también está cambiado en el campo. Simultáneamente, la cosecha ha variado su ciclo. María ha notado que la tierra está ralentizada. La viña familiar que desde pequeña ha visto alternar entre la hoja verde, el fruto y el tronco pelado, pasa ahora más tiempo en cada estado. La uva no llega en septiembre y tarda excesivamente en madurar.

En un primer momento, María piensa que puede deberse a un pequeño desajuste, a que son pocos para ocuparse de todo y, en consecuencia, al mayor abandono de algunas tierras. Pero lo más sorprendente es que a medida que pasa el tiempo las estaciones también van alargándose, de manera que ya nada corresponde a lo convencional para cada mes. Es asombroso, pero además está pasando en todas partes del mundo. No es por tanto irracional alarmarse ante la posibilidad de que al día siguiente (de cada día) no ocurriera lo obvio, pues lo obvio ya no era lo obvio.

Parece que el problema tiene una dimensión mayor de lo que suponía María. El caso es que sea una aceleración producida por el imparable deterioro de la ozonosfera o un trampantojo planetario, la tierra y el sol parecen vivir ahora a cámara lenta y, como resultado, las lluvias y la tierra siguen un ritmo desordenado que trae locos a los del pueblo.

Docta en esto de hacer cuentas desde su batalla por el interruptor, María observa el tiempo registrado por su reloj colectivo y hace números. Después de reflexionarlo pacientemente reúne a sus convecinos (los pocos que quedan ya, todos familiares y amigos) y les sugiere que una coincidencia hay en aquellos cambios que tanto afectan a su vida y trabajo en el campo. Desde que el reloj no marca el tiempo "completo", el tiempo y el mundo aparentemente se han adaptado a la vida eléctrica del reloj.

Los habitantes de la aldea no tienen por qué dudar de María, con fama de razonable. Ellos también han sido testigos de lo ocurrido, aunque la explicación

parezca un disparate. No obstante, todos están de acuerdo en que no pueden hacer pública su sospecha y deben esperar para encontrar la manera más discreta de resolver la situación.

Claro está que el resto del mundo antes creará a un agorero apocalíptico, que la existencia de una íntima relación entre el tiempo eléctrico de la aldea y la alteración climática como consecuencia de la misma, aun pareciendo ambas igual de esotéricas. Con sentido común, los vecinos del pueblo temen que si alguien se entera de su sospecha les crearán víctimas de una alucinación colectiva y los convertirán en monos de feria así que, de momento, callan.

En las ciudades sin embargo no paran de hablar del tema. Ávidos de respuestas, no les convencen las elucubraciones de ayer y hoy inventan otras distintas. Muchos anuncian desgracias mundiales en ciernes por lo que un sector percibe como una "ralentización" del sol y de la tierra, y otro como la "aceleración" de los seres humanos, una precipitación de su mirada (como si los ojos hicieran una huelga a la japonesa) que, por efecto, convierte el mundo en lento.

Cuestión de la relatividad del enfoque, el caso es que unos y otros hacen su agosto vendiendo diversos tipos de reconciliaciones místicas y simbiosis con la naturaleza. Todo como forma de redimir la contribución personal de cada cual al cambio climático o al estrés de los ojos y de una vida acelerada. Como resultado de la incertidumbre sembrada por doquier, en poco tiempo se produce una importante diáspora de gentes de la ciudad hacia el campo, buscando reconciliarse con la naturaleza. La nueva migración que invierte la lógica de años anteriores trae nuevos agricultores a la aldea.

Cuando María quiere darse cuenta se ha convertido en la alcaldesa de un pueblo que supera el millar de habitantes. Piensa entonces que es la oportunidad idónea para enmendar el entuerto del reloj sin llamar la atención. Ahora todas las casas de la aldea están ocupadas y las tierras vuelven a labrarse. Es obligado, por tanto, no sólo que les aumenten el número de horas de electricidad, sino que puedan disponer de un interruptor propio instalado en la localidad para que ellos mismos gestionen su uso.

Por fin el resultado del 4 % de la última raíz cuadrada del algoritmo con que distribuyen la energía, elevada al cubo parece ser positivo y María consigue electricidad sin restricciones y, ¡uf!, el flamante interruptor que ubican en el Ayuntamiento.

El estreno se convierte en todo un acontecimiento y es anunciado por María como la "Festividad del Tiempo". Fiesta que la mayoría de nuevos vecinos presuponen cargada de tradición y que, poco más tarde, alguien se ocuparía de mitificar como costumbre ancestral en la zona (rezará en un folleto explicativo: celebración local en memoria de San Interrupto, mártir cuya imagen fue encontrada en una cueva de los alrededores).

La activación del interruptor se produce, por fin, una mañana a las doce del medio día según indica el resto de relojes de los habitantes. Doce campanadas, segundo a segundo colectivo, se escuchan y retumban en los campos que rodean la aldea.

Como si del encaje de una pieza tiempo descarrilada que vuelve a su lugar se tratara, tiempo con tiempo vuelve a fundirse. El compás del campo se va acelerando, suavemente, y el movimiento del sol se acopla al viejo, ahora resucitado, engarce.

Al comprobar que todo se soluciona, la autoridad en sus distintas modalidades y como responsable de afirmar lo obvio (aunque últimamente lo obvio ya no era lo obvio) da forma a su particular versión del desenlace.

Así, en los periódicos del día siguiente al reajuste, un grupo de científicos convierten consecuencias y logros ajenos en premeditación, y se presentan como ideólogos de la fórmula del reacople del tiempo; los ejércitos del mundo se ponen a sí mismos varias medallas por haber disparado al espacio exterior (a petición de los científicos) un compuesto químico de nombre serio y terminado en número, que (supuestamente) ha acelerado el tiempo; los políticos se autoproclaman responsables de haber facilitado el trabajo a los científicos y a los militares; las iglesias y los templos se llenan de ofrendas; las guerras paran unas horas pero otras surgen movidas por quienes quieren aparecer en la foto que pasará a la historia; algunos adivinos firman sus contratos para trabajar como comentaristas asalariados en la televisión, a la par que les acondicionan un blog en los periódicos más importantes; otros cambian el tirón de masas del Apocalipsis por predicciones mesiánicas.

María y sus vecinos callan y siguen cultivando sus tierras al compás que rítmicamente: *Tic Tac, Tic Tac, Tic Tac*, marca de nuevo su viejo reloj y su tiempo renovado.

## S(H)EMBRAR



¡Siembra! Fue el único consejo que le dieron a la joven Lola cuando se marchó del pueblo. Se supone que en la Universidad la encomienda no podía tener sino un valor simbólico. Y no era mal consejo para la carrera de fondo que suponían los estudios y la vida fuera de la casa familiar. Culminar una carrera y lograr un trabajo lejos del campo era la mejor cosecha para la paciencia y el esfuerzo invertidos por ella misma y también por sus padres.

Sería lógico pensar que en su motivación había un deseo de volver luego para mostrar orgullosa el buen fruto obtenido en la distancia. Pero ella, como su familia, era más de agachar la cabeza y dar por hecho que la cosecha llegaría. No había lugar para el fracaso. Lograrlo no era una opción, sino un destino, y una obligación más que una posibilidad hacerlo bien.

Así, una vez conseguido el objetivo, ella regresaría al pueblo para comunicar los detalles a sus padres y, de alguna manera, los haría partícipes del fruto, aunque éste fuera predecible. Esta actitud tenía en el fondo una contradicción tolerada: fracasar no es una opción de esta siembra, sin embargo todo fruto sería celebrado en familia como si fuera un pequeño triunfo, es decir, como si efectivamente fueran posibles otras alternativas. Pero, ¿qué pasa si la familia no está cuando ella vuelva a compartir sus logros después de una paciente cosecha? ¿Tiene sentido entonces volver al pueblo?

Nada hacía imaginar que ellos ya no estarían. No es que tardara mucho en terminar sus estudios y conseguir trabajo, ni más ni menos que la mayoría, sino que ellos parecían formar parte de "otra cosecha", en este caso del asfalto y las curvas. Eso repetía cansinamente el cura: que "somos a la par sembradores y siembra". Esto y que todos hicieran ahora de padre y de madre de Lola, la huérfana.

Cuando la joven regresó al pueblo entendió que, puesto que ellos ya no vivían, no estaba obligada a mostrar sus frutos en la ciudad, ni siquiera a tenerlos. Así que dejó su trabajo en prácticas y regresó buscando su nuevo lugar en el mundo.

Después de largos meses encerrada en su casa, atada a aquella palabra que sus padres le dejaron como herencia, optó por empezar de nuevo. ¿Acaso no era eso lo que hacían los agricultores después de un año de dañinas heladas o de terribles sequías?

En el pueblo Lola sólo tenía algunos tíos y primos lejanos, pero ni pareja ni familiares cercanos. Estaba sola y no sabía muy bien por donde tirar. El contexto era especialmente machista y apenas existían modelos de referencia para las mujeres emprendedoras. Los hijos venían casi desprendiéndose de la barriga de los jóvenes matrimonios y a partir de ese momento todo se administraba automáticamente, cada cuál vivía sabiendo cuál es su sitio, como si estuviera escrito en los cuerpos. Tranquilizaba lo previsible. Desde siempre se hizo así, de forma que la reiteración parecía disuadir a los otros caminos posibles para que sólo hubiera uno: la maternidad, y el resto, dificultados, borrados, desviados, invisibles o reservados para otros, no para ellas.

La joven no podía quedarse en el pueblo para cumplir ese destino. De hecho este era el motivo por el que la mayoría de los padres animaban a sus hijas a estudiar y conseguir otra alternativa, "sembrar" de esa otra manera, ser autosuficientes.

Quedarse en el pueblo habría supuesto resignarse a esa inercia pero "quedarse después de haber salido" suponía un nuevo desafío: o trabajar en lo que trabajan los hombres o inventarse un trabajo que tuviera cabida en aquella economía. Ambas opciones partían de una arisca dificultad, hacerlo en un contexto a menudo reaccionario, donde no sólo por ser mujer sino también por ser joven no se lo pondrían fácil.

Lola no llegaba a creerse que sería tan complicado, pues hasta la fecha todos habían sido extremadamente generosos con ella, así que decidió tantear posibles trabajos y consultarlo con los más allegados.

Al principio parecía que su baza era su duelo. Los vecinos estaban aún conmovidos por la desgracia de la joven huérfana y, cómo nunca se tiene claro cuándo se termina el luto, muchos vieron en las visitas de Lola una oportunidad para reiterarle sus condolencias y apoyo. La pena que sentían por la joven contribuyó a que en todas partes se prestaran a ayudarla y que la recibieran con extrema amabilidad, inevitablemente en algunos sitios incluso con lástima.

Tras varias visitas a la cooperativa olivarera, a su tío el tractorista, a los vecinos de sus tierras y a distintas oficinas informativas de la administración, decidió estudiar la viabilidad de un negocio relacionado con la producción de aceite. Aquí cambió la historia. Cuando corrió la voz de que esto no era un

capricho sino que, efectivamente, la joven quería quedarse en el pueblo, montar una empresa y que ésta además era de biodiesel, la idea no gusto a muchos.

Siendo como era Licenciada en Química, en principio parecía una opción lógica. Dado que uno de los principales problemas ecológicos que tenían las cooperativas olivareras era el reciclaje y uso de residuos, la idea no parecía descabellada. Aprovechar lo que para otros era un problema, la biomasa del desecho, y convertirla en fuente de energía no contaminante. Hacerlo en un lugar donde, además, no existían aún iniciativas similares.

Sí, parecía razonable, pero la conciencia del reciclaje y la ecología eran vistas con sospecha desde sectores rancios del pueblo. La mala experiencia y el abuso de algunos forasteros que enarbolaban su bandera para sacar beneficio del trabajo colectivo y salir corriendo, dieron una visión engañosa del asunto..

Además de los prejuicios que muchos tenían sobre el tema, el recelo ante la idea de Lola era mayor teniendo en cuenta que a pocos les resultaba creíble que una mujer joven y con estudios quisiera quedarse en el pueblo para trabajar en algo como el "biodiesel". Su tío no se cansaba de repetirle: "Lo mejor es que te vayas".

Pero Lola no hizo caso. Comenzó a documentarse y, con intención de convencer a posibles inversores en el proyecto, elaboró una memoria sobre las posibilidades, eficacia, experiencias exitosas, dificultades e incluso los insospechados y antiguos orígenes de este uso del aceite de oliva. Con ella dio forma a un exhaustivo y colorido proyecto de acción, prolijo en detalles y llamativo en peso y apariencia.

Lola pasó de ser una chica huérfana que daba pena a ser una mujer ambiciosa, según los mismos con los que habló un tiempo atrás. En sus incontables entrevistas (y recordando el consejo de su padre: "¡Siembra!") era como si las caras de incredulidad de sus interlocutores fueran piedras donde ninguna semilla agarraba. Nadie se fiaba de ella, daban por seguros sus problemas de autoridad con los posibles clientes olivareros. Ni su tío le daba más de una temporada antes de claudicar.

La actitud más cicatera fue la del secretario de uno de los molinos de aceite de la comarca, el señor Sánchez. Un tipo prepotente que, posiblemente, en otras circunstancias incluso habría piropeado a Lola. Puede que en esa ocasión lo hiciera, pero fue todo tan rápido y desconcertante que, nada más salir, Lola no quiso recordar detalles. En apenas cinco minutos despachó el asunto con una palmadita en la espalda, un farfullo sobre si tenía hijos, si había preparado ya la comida y una risilla (que pretendía ser hiriente) hacia su llamativa, "cursi" y amplia memoria impresa con distintas tipografías sobre papeles de colores.

Tras incontables visitas a incontables empresarios "Sánchez", en su cabeza martilleaban las imágenes de "tantas" puertas enmarcando su salida de "tantas" oficinas y despachos. Detrás de ellas: todos aquellos que despreciaban el

gesto (para ellos ingenuo) de la joven; todos los que celebraban su posición de autoridad en aquella fugaz relación. De hecho, muchos la animaban a seguir sin ayudarla, confiando en que pronto tirase la toalla.

Nada tenía que perder Lola, pues nada tenía en aquel momento. Ni siquiera sus padres podían convencerla de desistir para que no pasara por lo que, a vista de todos, era una humillación diaria. Ni siquiera, porque estaba sola. Así que siguió intentándolo, aunque algo cambió en su manera de llevar el asunto. Puesto que la mayoría de personas que en la zona tenían dinero o poder para ayudarla a sacar adelante el proyecto eran hombres, hasta entonces sólo se había dirigido a ellos pero,... ¿acaso no sería interesante feminizar su búsqueda?, ¿acaso no estaba descubriendo una nueva acepción de la consigna que heredó de sus padres: "¡Siembra!"? ¿No sería una autoafirmación ante esos pretenciosos empresarios cargados de prejuicios: ¡Sí-hembra, qué pasa! O ¿no querría decir aquella palabra: "Busca a las mujeres"? ¿Por qué no se asociaba con otras como ella que, aunque no tuvieran dinero, sí creyeran en aquel proyecto? ¿Y si convencía a sus amigas y compañeras del colegio para montar la empresa juntas? Muchas todavía estaban en el pueblo o, como poco, pasaban largas temporadas allí, preparaban oposiciones, trabajaban en el campo o, simplemente, esperaban tiempos mejores.

No fue fácil, pero varias aceptaron. Despacio, con empeño, imaginación y con paciencia incombustible fueron sacando adelante la idea. Al poco tiempo a ellas se unieron también varios hombres.

El día en que firmó su primer contrato Lola pasó una nota al señor Sánchez, el secretario del molino al que tanto "le gustó" su memoria de colores. Decía así:

"Estimado señor Sánchez:

No me andaré con rodeos. Tengo la certeza de que usted, como otros muchos, desea verme desfallecer y claudicar en este proyecto.

Las circunstancias le situaron a usted en una posición de poder en la que incluso se permitió, entre otras cosas con seguridad más ofensivas para mí, pero en las que por ahora no voy a detenerme, ridiculizar mi memoria por ser diferente a las que usted hace y, con ella, ridiculizarme a mí. No caeré en la trampa de convertirme en aquello por lo que usted me toma y acorde a lo cual, me trata. Con seguridad, en mi búsqueda de apoyo y financiación encontraré a algunos como usted, pero seguro que también a otros muchos diferentes. Lo sé y usted lo sabe.

Pienso que con su rechazo a participar en mi proyecto no hace sino evidenciar su intento de autoconvencerse de una negativa, que ni usted mismo se cree. Creo que mantiene usted, al menos, una duda sobre mi propuesta. Tanto sobre la viabilidad de mi empresa en una economía agrícola que quiere ser competitiva, como sobre mi capacidad y firme

voluntad de seguir adelante. Más si cabe después de sus palabras, lejos de lo que usted pretendía, hoy todo un incentivo, se lo aseguro.

No obstante, en honor a esa duda que probablemente se convertirá en curiosidad sobre mi destino, le propongo un trato. Le mantendré informado de lo que consigo. Cada mes le mandaré una carta para hacerle saber si ya he desfallecido y me he retirado a “mis cosas de mujeres”. Así, cuando, según usted, llegue el día en que abandone mi proyecto, será el primero en afirmar: "Ya os lo dije. Esa mujer (usted dirá: *niñata*) y su idea no iban a ningún sitio".

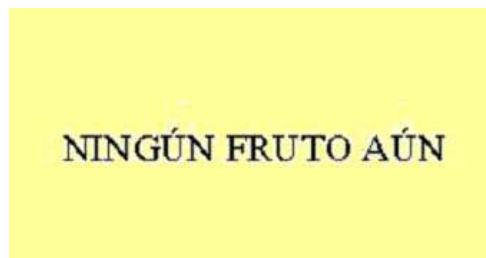
Pero, permítame un juego con el que agradecer sus críticas constructivas a las tipografías y colores que empleé en mi proyecto. Si todo va mal (para mí y mi empresa) el mensaje que le enviaré estará escrito en letra **Arial sobre papel blanco**. Si todo va bien (para mí y mi empresa) le escribiré con letra **Times sobre papel amarillo**.

Atentamente."

Con puntualidad cronométrica, todos los primeros de cada mes el señor Sánchez recibía una nota con el siguiente mensaje escrito sobre **papel blanco y con letra Arial**:

## NINGÚN FRUTO AÚN

Al cabo de un año llegó una última nota que seguía conteniendo el mismo mensaje negativo. Sin embargo esta vez escrito sobre papel amarillo y con tipografía Times:



"¿A qué hacer caso, a lo que veo o a lo que leo?", se preguntaba el señor Sánchez. Apreció de pronto que el mundo había cambiado y aquel mismo día se jubiló.

## 7314



*Partir es morir un poco. Morir es partir demasiado.*  
Refrán francés

Prohíbe sus sueños de ser agricultora, pero las negativas no bastan y Manuela persiste. La niña piensa que algún día el padre recapacitará mientras que el padre piensa que algún día recapacitará la hija.

Cansados ambos de la terquedad respectiva del otro deciden visitar, cada uno por su lado, a la directora de la escuela y al Juez de Paz para rogarles que convenzan al padre y a la hija, en cada caso. En uno y otro sitio les informan que eso no es cosa de autoridades. La directora le dice a la niña que es muy chica para tomar esa decisión y el Juez indica al hombre que ése es asunto para resolver en casa.

Con más años de experiencia en esto de resistir, el padre no cede y finalmente Manuela sucumbe a su voluntad. Al día siguiente se marchará a la ciudad y comenzará sus estudios en el instituto.

Aquella mañana de su lápiz sale un escrito roto que maldice la obstinación del hombre que quiso que ella fuera hombre -pues sólo así toleraría que se dedicara al campo-. Un rencor que duraría apenas una docena de crepúsculos.

Su padre, de arrugas inmutable, suspira aliviado y se dice: "Lo mejor es que se vaya". Una lágrima nace de su ojo. Como una duda. Una lágrima que se siembra en la tierra en ese instante. Un año después, él.

Siete mil trescientos catorce amaneceres más tarde, Manuela se ha salido con la suya y se ha convertido en la pionera de la agricultura ecológica del olivar en la comarca.

Como cada semana, Manuela escribe una carta que entierra después bajo un olivo. En el papel dice lo siguiente:

*"Sé que te hubiera gustado que te gustara mi afición por el campo. Lo sé, pero no te gustaba. Quizá porque las prohibiciones son el mayor incentivo para los inconformistas no te gustaban otras muchas cosas... Creíste que yo pensaba lo mismo. Esa no era mi razón. A mí me gustaba, realmente. El tiempo hizo el resto, terminó cediendo a fuerza de resistir y aquí estoy.*

*No creas que me cansé. Hoy sigo tan decidida como siempre en esto del campo. Sin embargo, cada vez lo miro más y lo pienso menos. Nadie soportaría tomarse el trabajo tan en serio siempre. Me convertiría en alguien malo, alguien a quien temer, si no disfrutara, si en ocasiones no jugara a mirarlo y a voltearlo como hacen los niños con los objetos que les gustan.*

*Confieso que disfruto atravesando el paisaje en sus líneas y colores, aguzando los sentidos sin domesticar sus términos, viéndolo como extraño, desde otro lugar, desde adentro, su reverso... Liberándolo de esa inmovilidad de la tierra, del que yace siempre, sin descanso. Y cambiando la perspectiva los días de otoño, antes de la cosecha, me propongo observarlo desde el cielo, tenso y casi listo para el parto, contemplarlo como un pájaro que vuela admirado ante la resignación del no-poder-volar de la tierra.*

*Dirás que siendo tan de campo como presumo, mi mirada es un tanto inútil. Pero no lo es, te lo aseguro. Si lo imagino así cada día descubro cosas nuevas y contrarresto su dureza, tu argumento.*

*Reconoce que a ti también te gustaría... te gustaría ser... golondrina, un rato. ¿Por qué no? ¿Acaso a los hombres no os gusta volar como ellas? ¿Acaso sigues pensando que soñar es sólo cosa de mujeres? En tu caso te gustaría, lo sé... Cuando menos para poder negarte a hacer el viaje al sur de este sur. No hacer lo que el resto. Salir de la tierra, posarte sobre un olivo y observarlo enorme desde arriba; robar sus hojas puntiagudas y con ellas hacerte un nido indestructible en el corazón del tronco más anciano, resistente al frío y al agua. Desde allí vigilar el vareado del aire y de los brazos, golpes que duelen y gustan; otear el estampado del verdeo, el camuflaje de la tierra. Como si más abajo de las raíces algún pueblo desconocido quisiera para ellos nuestro aceite (también su aceite).*

*¿Te imaginas? Tú golondrina de las ramas y más abajo tal vez las golondrinas de las raíces, pensando que eres su reflejo, su alter ego en el aire. Y ellas, qué cosas, en un cielo de tierra.*

*Hombre-golondrina... No te avergüences. No tengas miedo a volar que yo, en este juego, también juego a ser... más pequeña, muy pequeña, tamaño hormiga-gota de rocío. Para vivir rápidamente, valientemente, unos minutos, segundos quizá, bajo uno de esos olivos de troncos agazapados. Y así ver cómo despierta y contemplarlo desde abajo; cómo sus hojas me retan a vivir sin que yo le haga mucho caso a su naturaleza perenne. Como hormiga-gota no duraría demasiado en el día, pero sí un crepúsculo matutino, un lento escurrirme sobre la hoja y... ¡plaf! (suave), en la tierra. Yo ya tierra. Hormiga antes gota.*

*Viajar por los intersticios del subsuelo adonde se hunde el agua, rebrotar en un charco subterráneo y salir por una cenefilla de las casas. Y desde allí dar un salto y pasar a ser... ¿por qué no? pezuña de mula. Siendo pezuña de mula espabilaría a los que aún duermen por la mañana temprano, con ese caminar acompasado de la bestia, escurridizo en la cuesta abajo. Podría tocar el empedrado aún frío de la noche y despertarte antes del amanecer en el cruce de los caminos a la subida (o bajada) del pueblo, donde los árboles apuntan al cielo. Y que cogieras tu gorrilla blanca y te vinieras conmigo a ver el campo, a vigilar que todo sigue donde lo dejamos ayer, viviendo, que ya es bastante.*

*Ya en el olivar imagino ser la piedra de la linde que hay frente al olivo mitad tuyo y mitad del boticario. Esa piedra es lo suficientemente arisca y recortada como para que nadie se me sentara encima, y está tan arriba de la cuesta que podría ver el pueblo más grande, como alargado, distorsionado por una lente invisible, por una cresta, pudiera ser, de un mar verde que sube y baja y se anuda en el olivo compartido.*

*De ser olivo, serías ese. Puede que así pesara más una posible solicitud administrativa a las hormigas del tronco de que su sombra nos pertenece, si él (tú entonces) se decantara por echarla hacia este lado, nuestro lado, de la piedra.*

*Y entretanto yo gota o piedra, tú si te cansas de ser pájaro y olivo, podrías ser... ojo de la tierra, eso es. ¿Quién si no podría mantener fija esta imagen que veo siendo la piedra de la linde?, ¿quién si no, si tú fuiste quién más tiempo la miraba? Quien, de alguna forma, la hacía y así la conservaba.*

*Doy fe de que memorizaste cada árbol, cada piedra, cada nube, cada casa, cada hierba, buena o mala. Albacea de no sé quién, de no sé qué, te empeñaste en retenerla. Y no falto a la verdad si aseguro que desde mis aristas de piedra de linde la veo tal cual hace años, sin las casas nuevas y sin los árboles de menos. Una imagen-tiempo de un tiempo pasado, fijada ahora en un marco de aire... hasta que el tractor que escucho más abajo se acerque y ¡puf!, nuestra imagen se desvanezca.*

\*\*\*

*Con frecuencia, cuando me imagino jugando contigo, inconscientemente, tú vuelas y yo repto por la tierra... ¿Sabes?, también a mí me gusta ser olivo,*

*golondrina y ojo, tanto como trabajar el campo, aunque a veces mi imaginación siga convirtiéndome en piedra o en gota mientras tú vuelas.*

\*\*\*

*En el fondo, sé que te hubiera gustado que te gustara que me dedicara al campo, tanto como no avergonzarte de querer volar. Como ahora vives junto a las golondrinas de las raíces ¿qué puedo hacer? Veinte años más tarde de aquel ultimátum te escribo, como la semana pasada, como la próxima, por si ya cambiaste de idea y podemos dar un paseo juntos cogidos de las alas."*

## LA OLIVA DEL ACEITUNO



Hace tiempo que deseaba preguntar a la abuela el origen de nuestro apellido "Oliva" o, cuando menos, quiénes y cómo habían sido mis bisabuelos, si la anciana mujer acaso no lo había olvidado, o si es que alguna vez lo supo (en nuestra familia no había lo que se dice "buena comunicación").

El caso es que siempre quise preguntárselo pero nunca hallé el momento. Para alguien tímido como yo era difícil vencer el extremo pudor que infundía el hogar de la abuela, un aura de respeto que desde el zaguán vestía al que entraba en su casa. Y, de alguna manera, su casa también era "ella".

Como les digo, la abuela no era especialmente habladora y, aunque yo era su único nieto varón y en algunas familias ese era motivo de mayor aprecio, rara vez me mostraba atención más allá de un enérgico pellizco en las mejillas y un singular mohín de boca y ojos (que antes seguramente fue más sonrisa que mueca) fingiendo alegría al verme.

La abuela no respondía al prototipo de abuelas de ciudad que yo veía en la televisión: señoras de permanente, vestidas con colores llamativos y asiduas visitantes de balnearios. Pero sí se parecía bastante a otras abuelas del pueblo.

Ella era una señora viuda de siempre. De piel blanca, casi transparente, parca hasta el miedo en palabras (palabras cariñosas, sobre todo), desconocedora de la moda y de las tendencias... Confieso que más de una vez estuve tentado de regalarle un vestido de color, pero aunque de pequeño ella me cambiaba los pañales, reconozco que no teníamos ya demasiada confianza como para garantizar que lo aceptara o que, por el contrario, se enfadara conmigo por no respetar su luto "infinito", o que me llamara "marica" por el simple hecho de que siendo hombre me gustara la ropa y me interesara por su imagen. Desde muy pequeño me acostumbre a la simplificación del tópico. Era una salida frecuente

para aquellos que ven el mundo partido en dos y, ¡torpe de mí!, en aquellos momentos pensé que la abuela era de esos. No obstante, que yo sea o no homosexual no sería el primer asunto que hablaría, de haber comunicación, con la abuela).

Y sí, claro que la abuela era conservadora en su imagen pero también reconozco que tenía cierto estilo. Vestía siempre y escrupulosamente de un negro immaculado: zapatillas de trapo negro con nada de cuña, medias negras -si el calor lo permitía-, falda negra, blusa negra y si hacía fresco o frío, rebeca o abrigo de paño negro. Hasta en esto era autosuficiente la abuela. Casi todo lo cosió y lo recicló ella. No había retal de tela negra del que no sacara algún pañuelo o un impecable remiendo para sus ropas.

Hubo un tiempo en que mientras ella cosía yo le hablaba, no mucho, ciertamente, pero reconozco que lo intentaba. Había palabras que a la abuela no le sabían a nada: playa, cine, teléfono, ordenador, Coca Cola, vacaciones, avión... Otras que, sin embargo, le inspiraban una cadena de nombres, canciones y recuerdos en cuya pronunciación parecía transmutarse, convirtiéndose por momentos en una persona sociable y tímidamente extrovertida. Estas palabras eran: "trabajo, tierra, algodón, campiña, cortijo, viña, mulo, tomates, manzanas, peras, pepinos, granadas, cebollas, habas, trigo, almendras, caminos, frío y calor". El único problema, es que aquello que le inspiraba era siempre la misma historia.

En raras ocasiones la abuela había reaccionado a una interpelación mía con algún comentario referente a mí. Quiero decir que siempre se las ingeniaba para contar aquella historia de: "trabajo, tierra, algodón, campiña, cortijo, viña, etcétera", y nunca me incorporaba en sus conversaciones. Hasta el punto de que nuestra relación se había limitado a una repetición mecánica de mis mismas palabras y sus mismas respuestas. También de sus mismos silencios.

Reconozco que yo automaticé mis gestos y sólo representaba, pero ella cuando hablaba del campo y de su juventud parecía entusiasmada, incluso siendo la enésima vez que contara lo mismo. En raras ocasiones esto no fue así, quiero decir que dijera algo imprevisto. Que yo recuerde sólo un par de veces.

En una de ellas, su voz irrumpió en un silencio de butaca para decirme: "Lo mejor es que te vayas". Y después de una pausa larga, como intentando encontrar la manera de apostillar lo dicho con una explicación, emitió un sonido ininteligible y se calló. Acostumbrada a cerrar los ojos mientras se balanceaba nunca sabía si estaba despierta o dormida, por ello interpreté este amago de cercanía como parte de un sueño en el que revivía alguna conversación que no tuvo con mi madre ya fallecida, o alguna que no se atrevía a tener conmigo. Pero no le di más importancia.

Hubo, sin embargo, otra ocasión en la que sí parecía lúcida y consciente.

Aquel día sufría yo un estado agudo de alergia y, para colmo, me había salido una pequeña llaga en la lengua, causándome un escozor constante y muy

molesto. Al decírselo a la abuela me pidió que abriera la boca y que le enseñara la lengua. Como distorsionando la mueca familiar de su cara, sacó la suya y, presionándola levemente con su reducida dentadura superior, la expuso durante unos segundos a mis ojos mientras la señalaba con un dedo.

-Eres "Oliva" como nosotros. Tu lengua está agrietada como nuestras raíces-dijo. Acto seguido subió al desván y al poco rato bajó con un par de manzanas ácidas, de esas tan ricas que desde hace años (decía) ella misma traía del huerto.

-Abuela, no creo que la acidez me siente bien- dije, sabiendo que no aceptaría un no por respuesta.

-No es la acidez la que te curará- precisó ella.

Por si acaso el chocheo propio de la edad había acentuado su tenacidad, y temiendo que me obligara a comer las manzanas verdes como si fuera un crío, la obedecí y mordí una, fingiendo malamente después:

-Increíble, abuela, todo arreglado. Ya estoy bien, gracias. Ahora tengo que irme-le decía desde el portal pensando en escupir el trozo nada más salir.

Una vez en la calle no fue necesario escupir nada. La manzana pareció fundirse en mi boca y algo neutralizó el picor calmando la herida y aliviando los síntomas de mi alergia.

-¡Vaya con la abuela!- pensé.

Con el paso de los días, me lamenté de no haber sabido aprovechar aquella ocasión para interrumpir a la abuela y haberle preguntado sobre el origen de nuestro apellido "Oliva". Si bien, lo más probable, en dicho caso, es que ella hubiera derivado a contar su historia de "trabajo, tierra..." y todo lo demás.

Que conste que yo valoraba ese ejercicio repetitivo y previsible de sus monólogos y conducta como algo que la abuela necesitaba. Pareciera que reiterar los fogonazos de su historia la asentaba en la vida, diluía cualquier amago de sufrimiento, de pérdida, de "otra vida posible". Impensable otra vida, otra escala, otra felicidad ahora que no pasara por compartir, a modo de cosecha inmortal de palabras, ese libro personal memorizado y protegido por la abuela.

Esto pensaba cuando se me ocurrió algo aparentemente absurdo, pero... no tenía nada que perder. Tal vez, si fingía tener la lengua enferma de nuevo podría enlazar mi pregunta al comentario de la abuela sobre "las lenguas de la familia". Porque era del todo previsible que ella repetiría exactamente la escena que ya habíamos vivido.

Así lo hice y de momento todo parecía ir bien. La abuela me pidió que abriera la boca y que le enseñara la lengua. Como aquella otra vez, sacó la suya y

presionándola levemente con su reducida dentadura superior la expuso ante mí durante unos segundos mientras la señalaba con el dedo. Acto seguido dijo:

-Eres "Oliva" como nosotros, tu lengua está agrietada como nuestras raíces.

Debía estar preparado para que no se me escapara. Si se levantaba y subía las escaleras a por sus manzanas nada podría detenerla, así que tenía que estar concentrado para pisar su última palabra y pedirle:

-¿Podrías contarme algo sobre nuestras raíces, abuela?, ¿por qué están agrietadas? ¿Quiénes eran tus padres?, ¿tus abuelos?... Ya no me duele, de verdad. Háblame de ellos, por favor.

La abuela que a punto estuvo de seguir la inercia de aquel recuerdo cercano que la llevaba al desván, dudó unos segundos y permaneció sentada en silencio durante un instante largo. Por ratos movía la cabeza, como asintiendo, y empujaba la butaca como si formara parte de un sencillo ritual de invocación que le ayudaba a refrescar su memoria, o como si, simplemente, no quisiera hablar del tema. Con poca esperanza conforme pasaba el tiempo, me mantuve en silencio hasta que...

-Mamá era una Oliva- sentenció.

No supe interpretar esa frase, si es que algo había que interpretar. Si nuestro apellido era Oliva la bisabuela podría ser considerada también Oliva si, como era habitual entonces, hubiera tomado el apellido de su marido o si fuera ¿su hermana o su prima?... No, según interpreté después, parecía que la abuela no se refería a una relación incestuosa ni filogenética, sino a algo realmente estrambótico.

-Mamá era una Oliva- repitió ahora muy despacio. -No, no una aceituna, sino un árbol, un olivo hembra. Una Oliva de tronco retorcido y raíces agrietadas... Y ella lo sabía. Eso era lo verdaderamente importante. Papá... era un Manzano, no demasiado alto pero de buena planta. Mamá era mucho mayor que él. Más de cien años tenía cuando le conoció... pero desapareció un día que se la llevaron a la ciudad... para adornar no sé qué edificio. Papá Manzano se murió al tiempo... Ellos sabían lo que eran y se sentían orgullosos de ser lo que eran.- Y dicho esto, por primera vez la abuela tomo mi mano y la abrazó entre las suyas, de una manera que marcaría la medida de los abrazos de manos desde entonces. Después hizo como si se reincorporará para volver a balancearse, manteniendo la mirada perdida. Gradualmente fue soltando mi mano y continuó hablando en el tono habitual que hasta aquel día habían tenido sus palabras:

-Poco más sé. Yo sólo sé de trabajo, de trabajo en la tierra. ¿Sabes que hace mucho tiempo recogí algodón en la campiña? ... Era muy joven. Antes y después de hacerlo viví en un cortijo, cuidé una viña... A veces iba en mulo, a veces andando. Durante muchos años cultivé tomates, pepinos, cebollas y habas y los vendía al peso en la plaza. También sacábamos granadas, manzanas, peras y

almendras. De jovencita sembré trigo; caminé por todos los caminos de aquí a muchos kilómetros. Pasé frío y calor, mucho frío y mucho calor...-

Entre sus palabras de siempre aquella primera declaración resultaba delirante. O la abuela se había trastornado realmente o tenía un sentido del humor no reconocido por la familia. Eso, o había mitificado hasta tal punto su pasado que manejaba un código personal, que yo no sabía cómo descifrar.

¿Cómo podía incluir en su retahíla de recuerdos cada vez menos pormenorizados aquella alucinación? ¿Cómo? Si su vida arrastraba tanto trabajo y sacrificio, tanta seriedad, que la broma nunca tuvo cabida en aquella casa. Imposible para sus palabras, ni siquiera la ironía... Descartado. No podía estar bromeando. Tampoco parecía cosa de chocheo, durante aquella inolvidable confesión se la veía lúcida y concentrada. El caso es que algo debió pasar por su cabeza que distorsionó el realismo con que siempre hablaba de su pasado.

Por más que esperé sentado junto a su butaca, aquel día nada más pude saber, salvo que la abuela afirmaba que existen olivos hembra y que sus padres eran árboles. Pensé de todo, incluso supuse que quizá la abuela rehuyera hablar (en otro tono) de su familia porque no la conoció y creció sola en los cortijos. Sin embargo, después de aquella confidencia quedé meditabundo y recordé unas palabras que la abuela pronunció hace unos años y que, tras lo vivido, tal vez adquirieran ahora otro sentido: «Somos tan de aquí como los olivos», dijo en una ocasión.

Puede que en una vida enteramente dedicada al campo aquellos con los que compartió más horas fueran los árboles y la tierra... Puede que al reivindicar que éramos de allí no hiciera sino asentar (metafóricamente) su deseo de que «quería que fuéramos de allí».

Reconozco que a pesar de mis intentos por racionalizar el secreto de la abuela, todo me parecía muy extraño y confieso que, después de valorar las múltiples lecturas posibles, la que en el fondo más me convence hoy, es la literal: que venimos de las olivas.

Y es que, ¿cómo se explica si no que después de la muerte de la abuela un pequeño árbol (que no arbusto) haya crecido sobre su tumba? Por mucho que el barrendero del cementerio vaya diciendo por ahí que he sido yo el que ha plantado el olivo. Juro que yo no lo he hecho. Así se lo he dicho mil veces. Él se sonríe, claro y, aunque tengo la certeza de que no me cree, no me importa. Tampoco creería lo de mis manzanas verdes imperecederas y, mucho menos, que lo que ha crecido no es un olivo, que es una oliva.

## SUELO APAGADO



Bajo casi todas las casas blancas de este lugar se extiende una delgada cenefa negra, pintada habitualmente con nogalina. Las mujeres actúan como las guardianas de esta firma y mientras la casa esté habitada la vida se levantará sobre ella, sobre la cenefa, ese falso horizonte que convierte en cielo, en manuscrito blanco, estratigráfico de cal, las paredes.



Artificial elemento, sutil, la cenefa es (todos aquí lo saben) un abismo que separa (¿o será que une?) la vertical en que se vive de la horizontal en que se muere. Si la casa está viva, sin permiso para cerrar los ojos, cincelará un intenso amanecer paralizado; si está viva, la cenefilla escribirá un aliento bajo las casas que, por contraste, duplicará la cal del cielo, congelando el tiempo en sus paredes, protegiendo las venas de la tierra que sutura (a la par que se dibuja). No sea que el campo y el tiempo se adentren demasiado.

Si no la pintan... ¿cómo podrían garantizar los que aquí viven que sus casas no se convertirán en olivos y que, sin la cenefilla, no echarán raíces las paredes?

\*\*\*

Aurorita dejó de pintar la cenefa cuando su marido Manuel murió. El hombre pasaba de los ochenta y llevaba un tiempo diciéndose a sí mismo: «Lo mejor es que me vaya... Lo mejor... es que me vaya». Y una tarde, postró la cabeza sobre sus manos y ya no la levantó. Tranquilamente se dejó ir.

Hace años que vivían solos en el pueblo porque sus hijos, como casi todos los más jóvenes, se marcharon a las ciudades del norte.

Antes de que Manuel muriera Aurorita fue una mujer risueña y optimista. Se apreciaba sobre todo en su voz, clara y enérgica. También en un par de pronunciadas arrugas junto a su boca, de esas que se labran en la cara de los que siempre sonrían, como algo natural. Dijera lo que dijera las arrugas estiraban su boca para hablar desde la sonrisa, mientras en el fondo de su garganta un eco femenino parecía tararear una musiquilla de fondo, un ritmo infantil y acompasado que de tener letra diría algo así como: «Las ca-bri-tas de Juan Serra-no lle-gan tar-de, se van tem-pra-no...» Aurorita solía cantar ésta y otras canciones mientras hacía un juego de manos a los niños que se sentaban en el escalón de su casa. Ella tenía las manos especialmente largas y como el juego consistía en atrapar las de los niños (y Aurorita no hacía trampas) siempre ganaba.

Físicamente llamaba la atención su estatura ya que era una mujer alta para la escasa altura media de los lugareños e, incluso ya anciana, no andaba encorvada como muchas personas de allí. Claro está que ella vivía en la parte llana del pueblo y no tenía que sufrir cuestras imposibles donde el cuerpo y su caminar tienden a posturas de recogimiento.

Aurorita tenía la piel blanca salvo brazos y rostro dorados por el trabajo en el campo; el pelo negro impecablemente recogido en un moño bajo. Y solía llevar vestidos oscuros, siempre tapados con una fina bata sin mangas color violeta con minúsculas florecillas blancas.

Le gustaba pintar su cenefa con la bata puesta, lo hacía cada año al terminar el encalo, unos días antes de Semana Santa. Con la cenefilla, borde casi negro, remataba la fachada blanca, como si la pared fuera tela y la línea pintada su dobladillo. El conjunto —pared y cenefa— al ojo relumbraba minimalista pero al tacto se sentía barroco y repleto de rugosidades irrepetibles, como una camisa de piedra hecha a medida de su hogar, renovada y almidonada cada año.

El mes pasado apenas se veía ya la cenefilla de su casa. Se percibía un rastro sutil con una mínima intermitencia, como la respiración de Aurorita entonces, luchando y cediendo. Más cediendo que luchando. Más cediendo y... se borró.

Hoy la casa de Aurorita luce distinta. La hija menor se ha separado y ha decidido venirse a vivir al pueblo con sus niños pequeños. Se ha quedado con las tierras que tenían sus padres junto al arroyo. Lo que antes fue un huerto, hoy terruño salvaje. Con gesto esperanzador, decía a los vecinos que lo estaba recuperando y que, de momento, había plantado habas. Al decirlo cruzaba los dedos.

Hoy la casa de Aurorita está recién encalada y a sus pies su hija, de perfil similar al de la madre pero cambiando su lustrosa bata violeta de florecillas blancas por un desgastado pantalón vaquero, y la nogalina por pintura negra, firma con un pincel un nuevo pacto con la tierra, una esperanza de vida para la casa, para el pueblo, para el huerto, para Aurorita.

## JUGUETE JUGADO



Entre el día de Año Nuevo y el día de Reyes los minutos parecían interminables. Entre el sorbo de agua-goteo frío en el pijama naranja-beso de buenas noches y el beso de buenos días-felices Reyes: trescientas vueltas de almohada y apenas unos pocos minutos de sueño.

Sus padres le habían prometido a la niña que el regalo de Reyes de este año sería especial y, fuera lo que fuera, se hacía especial sin duda, porque ni una pista logró deducir de sus palabras, ni una huella de paquetes en la rigurosa y clandestina inspección de armarios y escondites probables. Todo podía ser hasta esa misma mañana.

De hecho, hasta entonces la niña sólo había imaginado grandes regalos: bicicleta roja, enciclopedia ilustrada, casa de cartón de dos plantas donde las crías de gato... Pero ¿qué pasaría si fuera un regalo pequeñito, una de esas bolsas que venden en el kiosco de la plaza y que contienen: dos tomates, una cacerola, dos platos y una cuchara de plástico? ¿Qué cara se le pondría si, en ese caso, sería la tercera vez en su corta vida que le regalan lo mismo?

"Si se ha ocupado papá estoy perdida", pensó. Recordó entonces lo del año pasado, cuando el padre se ofreció voluntario para salir de la aldea a comprar el regalo de la asociación de madres y padres a los alumnos que terminaban sus estudios en el colegio. Nadie pudo imaginar que su padre les compraría... una gazpachera de cerámica con el escudo de la villa. Nadie pudo imaginar que la bienintencionada gazpachera venía acompañada además de ocho cuencos de barro con el nombre de cada una de las provincias de la comunidad.

En conjunto, la rudimentaria caja-obsequio era tan grande y pesada que los niños afectados no se atreven a enseñar sus fotos del "homenaje". Estando la caja delante ninguna cabeza es visible y si lo es, ninguna mueca (sufriendo el peso del regalo) soportable como para mantener la foto o mostrarla.

"Si lo ha comprado él, lo mejor es que no salga de la cama", se dijo. De momento allí todo seguía siendo posible: la bicicleta roja y la enciclopedia ilustrada. Incluso los regalos podían ser mejores que los que había imaginado minutos antes. Pero sus padres ya habían pasado por el dormitorio para avisarla y, como cada año, la esperarían con la sorpresa en la planta de abajo.

La niña comenzó a sentir sudores fríos, palideció y quiso quedarse inmóvil. "Mejor no salir, mejor no salir. Aquí todavía puedo ser yo quien decida mi regalo", se decía escondiendo la cabeza bajo la manta.

Por momentos, las ganas de terminar con la incertidumbre se imponía al miedo a la decepción y el final de un sueño. La curiosidad rebotaba incontenible en forma de sábanas arrugadas. Quería levantarse y correr a descubrir su regalo y, a la vez, que no pasara el tiempo. Quería y no quería. Necesitaba prolongar la posibilidad como manteniendo unos dados en el aire antes de que la ilusión claudicara a lo real, antes de descubrir cómo mata la probabilidad, cuán infalible puede ser el triunfo de la mayoría de caras con que se pierde, la culminación de la peor de las opciones imaginadas: la cuchara y el plato de plástico, la gazpachera.

Era preferible agarrarse a la almohada, fingir una enfermedad e incorporarse al mundo cuando los Reyes hubieran pasado. La ingenua excusa no sirvió de nada y su madre logró que se levantara con un argumento irrefutable y disuasorio: infusión de manzanilla. No obstante, antes de salir de la cama y bajar las escaleras la niña logró llegar a un acuerdo con sus padres: renunciaba a su regalo a cambio de que cada día le dijeran que tenían algo especial para ella.

No cabe duda de que al padre le resultaba de lo más extraño que una niña le propusiera una cosa así. Con seguridad habría preferido que le gustaran las gazpacheras donde poder jugar a cocinar las verduritas de plástico y observar el escudo del pueblo, reforzar así su identidad o, cuando menos, la de sus muñecos. En cambio la madre entornó los ojos y balanceo de arriba abajo la cabeza, como si comprendiera perfectamente el pacto de la niña. Tantas veces había fingido ella perder el billete de lotería o se había negado a verlo sabiendo que no le tocó (pero que a lo mejor lo miró mal y sí).

Una conversación privada entre los padres y una rúbrica en el reverso de un almanaque del año anterior sellaron el acuerdo. Pasarían el día de Reyes sin juguetes, sin embargo, decidieron hacer algo especial y fueron a la parcela que recientemente les habían dejado los abuelos.

Las tierras se encontraban cerca del manantial y, aunque el laboreo era mayoritariamente de regadío y aún se cultivaban allí hortalizas, en la última década habían sustituido casi todos los árboles frutales por plantones de olivo que ya lucían a pleno rendimiento.

Una vez allí, no sólo pasearon, mojaron sus manos y pies en el pilar y jugaron en la chocilla que el guarda había construido debajo de un viejo manzano, sino que además recolectaron varios kilos de aceitunas.

Ese día la niña se estrenó en el oficio del campo, aunque entonces lo apreciara mucho menos como oficio que como juego. Ganó a su madre en la carrera: "a ver quién coge más", supervisó que la criba era correcta y que ninguna rama ni piedra se había colado en los sacos con la cosecha; amontonó hierbas y ramas secas e hizo un pequeño espantapájaros de cabeza de hojas verdes; se subió a las piedras más altas y a las más bajas, se rasgó el pantalón al convertir en tobogán el chinarral de la colina y, además, tenía un regalo pendiente. El mundo era maravilloso.

Años más tarde descubrió que sus padres no cumplieron el pacto firmado aquel día de Reyes y que sí le dieron el regalo especial que tenían previsto: su "primer día de aceitunas" en familia. Suspiró entonces, ni ella misma sabía si resignada o aliviada.

## **BUSCAR CONSUELO / GANARSE EL CIELO**



A nadie extrañaba que el viejo perro pekinés Thor se hubiera convertido en la sombra de Paquita "La Buena" durante varios días. Paquita tenía a su perra en celo y era probable que Thor, ya mayorcito pero sin mucha experiencia en esto del cortejo, anduviera un poco confundido y siguiera a la dueña en lugar de a la perrita. Quién sabe si para facilitar el beneplácito, tantear a la familia política, conseguir su adopción y aminorar distancias con la "enamorada"... Todo se vislumbraba posible en aquella singular criatura.

Thor era un perro pequeño, de dentadura inferior prominente y visible, de ojos oscuros brillantes y redondos, hocico negro achatado y ceño fruncido. En función del ángulo oblicuo desde el que se le mirara guardaba cierto parecido con Mr. Spock, aunque visto de frente sólo tenía un aire corriente de can asustadizo.

Thor no era un perro autóctono de la zona y en aquel momento no lograba pasar desapercibido entre los perros rateros, galgos y pastores del pueblo, habituados como él a transitar libremente por las calles.

Alguien lo trajo de la ciudad cuando sólo era un cachorro y los viajes en coche a la capital no eran demasiado frecuentes como para mandarlo de vuelta. No es que el perro fuera malo. Al contrario, era un perro tranquilo y muy afable, pero desde que su dueño, el viejo Miguel, se lo llevara al olivar, le cogió manía al pekinés. En teoría se lo habían regalado para que le acompañara al campo, sin embargo, según decía Miguel sin disimular su desprecio por el animal: "En el campo no me sirve para nada. Sólo me da problemas".

El motivo del descontento de Miguel era que la baja estatura del perro lo convertía en presa fácil de los barrizales. Además tenía el pelaje semilargo y como al animal le encantaba salir al campo, restregarse y rebozarse en el suelo, terminaba lleno de cardos e insectos que se agarraban a las raíces de su pelo,

convirtiéndole en una bomba de gérmenes, un perro-buñuelo empanado en tierra, maloliente y sucio.

Para colmo, Thor no mostraba especial interés por las perras, lo que ponía a Miguel realmente alterado. "De todos es sabido -pensaba Miguel- que un animal macho se debe comportar como un animal macho". Pero ni perra ni perro de especie alguna interesaban a Thor. Él era un animal convencidamente casto y, por mucho tiempo, solitario. En su vida en el pueblo el pequinés sólo mostró interés y simpatía por una persona: Paquita, a la que llamaban "La Buena".

Indudablemente, la mujer era digna del interés de todos, pues se dedicaba a ayudar generosamente a sus paisanos. Su tiempo era administrado en función de las necesidades de sus vecinos con los que el sentido de sacrificio de Paquita superaba lo imaginable. No sólo atendía cuestiones como acompañar a enfermos y personas mayores, sino que su disposición llegaba a los detalles más ínfimos de solidaridad y apoyo con quien lo precisara. Invariablemente mostraba curiosidad y afecto por todos. Siempre respondía de buen grado y con un optimismo sólo creíble de quien esconde un secreto, un pacto con lo desconocido.

Era el caso, pues su actividad más visible derivaba de su implicación en la Iglesia. Allí, además de reafirmar su pacto espiritual, ayudaba al cura con todos los avíos y rituales eclesiásticos, incluso repartía la Comunión a los enfermos en sus casas.

Paquita "La Buena" llegaba la primera al lecho de los convalecientes y de los moribundos para hacerles compañía, atender su alma o velarles el tiempo de sintonizar el cielo. La mujer era, sin duda, firme candidata a una nominación de Santa. Resultaba unánime el asentimiento colectivo al respecto. En la administración y práctica religiosa, más se lo merecía ella que muchos que sólo tenían méritos teóricos o milagros forzados por terceros. Ella no los hizo pero en cambio su historia era, en esencia, la de un "prodigio" de fe. Un ser humano que vivía al lado de sí misma, donada a los demás.

Cuando menos debiera haber podido ser cura. En el fondo esto le habría encantado. Aunque firme creyente y practicante de su fe, sabía que siendo mujer dicha profesión le estaba vetada y seguramente le habría parecido una temeridad a ella misma. Fiel cumplidora de las interpretaciones humanas de los mandatos de su dios, su humildad y sumisión ante el que ella llamaba "Señor" le impedían imaginarlo siquiera.

\*\*\*

Thor y Paquita "La Buena" se conocieron una mañana en la plaza del pueblo cuando los viejos tomaban el sol.

Desde que Thor dejó de ser un cachorro, no aguantaba todo el día en casa y como su dueño no se lo llevaba al campo, él salía solo a pasear por el pueblo. Le

gustaba pasar un rato a la sombra del castillo porque los jubilados que se sentaban en la barandilla, también en esa misma sombra, le daban pastelillos y migas dulces. A Thor le encantaba el dulce y pasar aquel rato en la plaza. Sí, aquello era una buena vida de perro.

Allí se encontraron Paquita "La Buena" y Thor aquella mañana, cuando ella venía de visitar a una mujer que había tenido una mala caída y no podía subir la empinada cuesta de su calle ni, en consecuencia, salir de casa. Como siempre, Paquita caminaba con prisa, todo lo deprisa que su incipiente cojera y pequeño tamaño le permitían, desplazando su cuerpo hacia adelante y llevando casi a rastras sus piernas. Tantas personas a las que ayudar, la comida que preparar, los hábitos del cura que planchar... "Quién tuviera ruedas y no pies", seguramente pensaba.

Thor se había subido a un banco de piedra junto a la pileta de agua y desde allí miraba la calle. Al pasar Paquita levantó el hocico como si algo de ella le atrajera y quisiera retenerlo en su nariz. Sin dudarle dos veces dio un gracioso saltito hasta el suelo y manteniendo su cabeza todo lo erguida que le era posible, comenzó a seguir a la mujer con paso corto a un par de metros de distancia.

La historia no habría sido relevante si al llegar a la casa de Paquita se hubiera colado en su patio para buscar a la perra en celo y la hubiera montado (o intentado, al menos), pero esto no ocurrió así. Thor esperó paciente en el escalón de su puerta a que volviera a salir Paquita y, de nuevo, comenzó la sigilosa persecución.

Sentado sobre sus patas traseras, sin armar alboroto ni importunar a personas ni a otros animales, educadamente, el perro siempre esperaba en el zaguán o en el escalón de las casas a que saliera Paquita con su buena obra culminada.

Al cabo de un par de días la mujer comenzó a extrañarse de que Thor siguiera en su puerta y no hubiera intentado nada con su perra. Obvia decirse que en ese tiempo Paquita alimentó al perro como si fuera propio. Es más, empezaba a coger cariño al animal por su nobleza, aunque le desconcertaba el incógnito propósito, de haber alguno, de su conducta.

Cuando Paquita iba a la iglesia el perro repetía la escena habitual. En este caso, esperaba en el escalón de la sacristía a veces, y otras en la entrada principal del templo.

Lo imprevisible, según lo vivido aquella semana, aconteció el primer domingo de la peregrinación del tándem mujer-perro a la iglesia, cuando al levantarse Paquita de su asiento e ir al sagrario a recoger las Hostias para la transustanciación, el viejo pekinés cruzó la entrada principal y apareció por el pasillo central del recinto, dirigiéndose lentamente y en silencio hacia ella. Sus saltitos sobre el mármol blanco del suelo convertían el paseo del can en algo elegante. Bien mirado, en aquel escenario su cuerpo adquiriría un aire místico, como de perro bíblico.

Paquita no advirtió que a sus espaldas estaba Thor y, una vez tomó entre sus manos el copón, se dispuso a subir al altar sin dilación alguna. Como siempre, se concentró en los escalones que cada día se le hacían más altos para su pequeño y ya achacoso cuerpo. Unos pasos más atrás la seguía el pekinés.

Todas las feligresas que había en la iglesia en aquel momento vieron como el animal subía los cinco escalones del altar bordeando la alfombra roja, pero ni Paquita ni el párroco se percataron de la presencia del perro.

Una vez arriba, Thor no hizo nada extraño, sólo se colocó detrás de Paquita y se apoyó sobre sus patas traseras como siempre solía hacer mientras la esperaba. Sin embargo, aunque lograba camuflarse entre las macetas de Ficus y el sillón del monaguillo (en aquel momento vacío), al haber hecho su entrada ante los ojos de las asistentes, todas movían las cabezas y murmuraban entre sí intentando delatarlo.

Algo debió notar el perro que, nada más bajar los escalones el cura y Paquita para dar la Comunión, se marchó con ligereza a la calle, acortando camino por el pasillo que daba a la sacristía que en ese intervalo permanecía abierta, y evitando así ser capturado por alguna devota enfadada. Cuando alguien farfulló al párroco que había un perro en el templo, el animal ya no estaba.

¡Un perro con pretensiones de santo, un provocador, un animal asceta (rápidamente se supo que además era casto), una señal del Demonio, una señal de Dios, un seguidor de Paquita "La Buena", Paquita "Hamelin" de los canes, milagro de Paquita en la iglesia... ! Lo ocurrido fue durante unos días la comidilla del pueblo y alimento de diversas fantasías en torno al perro y a la mujer.

Como Paquita "La Buena" era realmente buena, ni se le ocurrió tomar represalias contra el perro, pero sí intentó que volviera con su dueño. Miguel, sin embargo, no parecía estar dispuesto a colaborar. Según decía, él pasaba casi todo el día en el campo y no podía garantizar a Paquita que, en un descuido, el perro no se le escapara de nuevo. Él era ya viejo y, aunque no tenía mujer ni hijos, su casa siempre estaba abierta pues su hermana entraba y salía con frecuencia y, ya se sabe, allí las puertas nunca se cierran del todo. Sólo se le ocurría llevarlo a algún cortijo lejos del pueblo o darlo a algún pastor: "Lo mejor es que se vaya", sentenció Miguel.

Paquita sabía que esa expresión no era sino la manera con que muchos en el pueblo se referían al momento de "dar muerte" a un animal. Pero "dar muerte" no es igual que "dar la muerte" de la que ella sabía tanto y sólo atribuible a (su) Dios. Paquita se negó a que el perro se "fuera" o le "dieran" nada. Ella se haría cargo y prefirió dejar las cosas como estaban.

La solución se hizo repentinamente muy simple. La mujer compró una correa a Thor para que cuando fuera a misa el perro permaneciera atado en la sacristía y

no pudiera entrar en la iglesia. Por lo demás, la gente se cansó de murmurar y el pekinés se convirtió en la compañía habitual de Paquita.

Thor fue desde aquel momento y por varios años su compañero de fatigas en la cruzada contra el dolor emprendida por la mujer, hasta entonces en solitario. Paquita le defendía de cualquier elucubración sobre su extravagancia como perro y Thor respondía con una nobleza y lealtad que multiplicaba las propias de criaturas de su especie.

\*\*\*

Con el tiempo pasó lo previsible y quienes cuidan necesitan ahora ser cuidados.

Primero fue Thor. Era medio día y verano cuando el pekinés culminó su enfermedad de viejo. Aunque ya tenía seis años en el momento en que se unió a Paquita, habían pasado seis más juntos. Ella, aún autosuficiente, estaba planchando en la cocina y Thor, apoyado sobre sus cuatro patas, la miraba triste desde el suelo. De pronto un golpe seco retumbó en el corazón de ambos. El perro había caído desplomado hacia un lado. Mantenía sus ojos redondos abiertos y brillantes pero el cuerpo hierático como si la muerte le viniera desde abajo hacia arriba. Paquita sintió pasar su alma de persona a perro y notó en su estómago el dolor del animal. Lo colocó con exquisita delicadeza en el sofá y acompañó la agonía silenciosa de su pequeño y viejo pekinés.

Acostumbrada a vivir cerca de los que expiran, Paquita advirtió, como preludio de lo irreversible, el sonido mismo del instante que separaba la vida y la muerte del perro, el margen de la despedida. Una lágrima pura, de extrema lentitud, derramó Paquita sobre el cuerpo del animal yacente y rezó, porque no dudaba que aquel perro tenía alma.

\*\*\*

Pasados unos meses desde la muerte de Thor, una anciana descubrió en uno de los cuadros de temática pastoral situado en la capilla que da a la atarazana de la iglesia (aunque poco visible por el deterioro del barniz y la pintura), unas manchas que recordaban a un pequeño perro de ojos redondos y brillantes. Al poco tiempo corrió la voz del parecido y, desconociendo el origen del nombre pagano del animal, bautizaron aquella mancha como "el Thor de Paquita".

Cuando falleció Paquita el pueblo lloró varios días la pérdida de una mujer buena. Algunos le escribieron poemas y canciones, otros comenzaron los trámites para su beatificación, y los más propusieron su nombre para una calle u otro lugar simbólico. Casualmente (o no) el primer espacio que denominaron "de Francisca Rodríguez" (ella habría preferido "Paquita") fue la capilla de la iglesia donde estaba aquel cuadro (bajo el que muchos a escondidas habían empezado a rezar al perro).

## **ADELA (1985)**



A Adela la conocen como la mujer de Rafael, el pastor.

Su jornada comienza cada día a las cinco y media de la mañana, cuando se levanta para terminar de preparar la comida que ya la noche anterior dejó casi a punto para su marido.

Adela se lava la cara y se peina. Baja las escaleras sin zapatillas y cruza de puntillas por una habitación donde su viejo padre duerme. Junto a la puerta de la cocina, en el descansillo que hay antes de entrar al patio, se calza, coge su abrigo de una percha de plástico y sale de la vivienda.

Unas casas más abajo, entra en la panadería de Laura, le da los buenos días y Laura, nunca del todo resignada a aquella vida insomne que se prolonga demasiados años, le entrega la talega bordada con las iniciales **A. J.** que ya tenía preparada con 2 panes, 4 molletes y 2 barras.

Adela vuelve a casa, cambia abrigo por bata y entra en la cocina. Coloca la bolsa sobre uno de los poyetes y abre la bombona de gas; enciende uno de los fuegos del hornillo y pone una cafetera encima. Distribuye tres recipientes de metal y de plástico sobre la mesa y sirve en ellos varias raciones de comida.

Rafael entra en la cocina unos minutos más tarde. No dice nada. Se sienta y estira el brazo sin mirar hasta coger un vaso de café que ya estaba en el lugar esperado sobre la mesa y, acto seguido, un bocadillo que chorrea aceite por un lado. Come y en un descanso suspira fuerte y tose ruidosamente tres veces. Entretanto, Adela guarda los recipientes y el pan en una mochila que, nada más cerrar, agarra Rafael para salir con ella de la cocina.

Ya en el patio, Rafael abre una cancela para que salgan los perros, coge el cayado y se marcha por la puerta del corralón, la que da al campo. Adela le observa desde el escalón que da entrada al descansillo de la cocina. Unas palabras incomprensibles de despedida. No regresará hasta la noche.

Adela vuelve a la cocina y recoge los cacharos. Minutos más tarde sale al patio y mientras amanece limpia el corral de las gallinas y la entrada del corralón (la que da al campo). No mira al cielo. Entra en un cuartucho pequeño donde hay una pila y una vieja lavadora. Allí moja sus manos bajo un único grifo del que sólo sale agua fría, y sobre una pila de piedra va lavando una a una varias prendas de ropa. Muchas de ellas las mete luego en la lavadora y la pone en marcha.

Entra en el comedor, lo barre, pasa un trapo por la mesa y ordena algunos objetos del mueble-bar, casi todos pequeños retratos en color y alguno en blanco y negro. Con la escoba en la mano sube a la planta de arriba. Allí hace la cama, barre y organiza la ropa.

Vuelve a la planta baja y entra en una habitación oscura donde está su padre. Abre una ventana y se dirige a la cama para despertarle. En voz baja y, en tono más resignado que cariñoso, le da los buenos días y le dice que hay que bañarse. Trae dos cubos de agua templada y llena un barreño de plástico que saca de detrás de una cortina. Desnuda a su padre que apenas se vale por sí mismo y él cabizbajo se deja mover. Lo sienta en una silla y mete sus pies en el barreño; el viejo se acurruca con la mirada perdida más allá de los dedos de sus pies mientras Adela enjabona y enjuaga su cuerpo. Adela seca y viste a su padre y le acompaña al comedor. Lo sienta en un sillón rojo junto a la ventana, acerca la mesita con ruedas que hay a un lado del mueble bar y coloca encima una bandeja con un vaso de leche manchada, una magdalena y tres pastillas.

Adela se asoma a la puerta y mira al cielo. Entra de nuevo y sale ahora con la escoba. Barre el escalón y el trozo de calle más cercano a su casa. Va a la cocina y revisa el frigorífico. En el baño lava sus manos y cuelga su bata en la percha de plástico. Quita la bandeja a su padre y le acomoda frente a la ventana mirando a la calle. Sale al mercado a comprar fruta y carne. Hoy también hay a pescado.

De vuelta en casa prepara la comida con sobras de la de ayer: potaje. Para su padre, molido. Después de comer recoge la mesa y acompaña a su padre a la cama. Le ayuda a recostarse y cierra la ventana.

Mientras friega los platos entra en la casa su hija Pilar. Adela le dice que le deje a la niña, que no es molestia. Después de un silencio largo, la hija comenta que están pensando en marcharse del pueblo, que en cualquier otro sitio a su marido le pagarían más como albañil. Adela no se pronuncia y Pilar se va, dejando el carrito donde el bebé duerme en el descansillo del patio, y un cesto con ropa a su lado. Adela vigila al bebe mientras barre la cocina y friega la casa. Un par de horas más tarde su hija Pilar se lleva a la niña. Sale además con un par de bolsas de fruta y algo de pescado que le ha dado su madre y dejando la cesta de ropa junto a la pila.

Adela despierta a su padre. Torpemente lo consigue desplazar de nuevo hacia el sillón que hay junto a la ventana del comedor. Allí le espera un vaso de leche con galletas y dos pastillas.

Adela está en el patio. Riega sus plantas y friega los cuencos de los perros. Recoge la ropa tendida, entra en casa y la plancha. Está atardeciendo y recuerda que tiene que comprar las medicinas de su padre. Sin quitarse la bata sale acelerada a la farmacia y cambia recetas por cajas, mientras el joven boticario le dice algo que casi la hace sonreír.

Con más prisa que antes, llega a casa y se da una ducha rápida. Cambia su vestido estampado por otro similar y se dirige a la cocina. Mientras prepara la cena su marido abre la puerta del corralón. Ella aparta la olla del fuego, lo apaga y sale a recibirlo. Intercambian algunas palabras y entretanto él encierra a los perros ella le trae ropa limpia. Le ayuda a descalzarse, a desvestirse y a bañarse.

Adela entra en la cocina con prisa como si le hubieran faltado unos minutos para ultimar la cena. Su marido sale a tomar unas copas de vino al bar. En ese intervalo, Adela coloca el mantel en la mesa del comedor y sirve el plato de su padre. El viejo musita que ya se quiere morir y Adela le reprende con la mirada. Le ayuda a comer y antes del postre él insiste en que se quiere ir a la cama, que no quiere más. Adela lo acompaña y él se deja llevar arrastrando los pies hasta la habitación. Le desnuda y le pone un pijama azul celeste que él rechaza sin fuerzas.

En ese momento llega su marido a la casa. Cierra la puerta con llave, mira la mesa y grita que por qué pone el mantel en el comedor, que él come en la cocina. Adela muda todo de sitio sin rechistar. Sirve el plato de su marido y después el suyo. Se levanta en varias ocasiones para traer pan y fruta. Terminada la cena su marido sale unos minutos al patio, fuma un cigarro y después se va a la cama.

Adela recoge y lava los platos. Se queda aún un rato más preparando la comida que Rafael se llevará al campo mañana, y tendiendo la ropa de su nieta que acaba de lavar a mano en la pila. De vez en cuando mira hacia atrás y vigila por si Rafael baja.

En un descuido tropieza con el cayado y para no caer se apoya sobre el muro del patio. Alza su mirada al cielo y piensa en cuando era joven durante uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve segundos. Se restriega los ojos sin lágrimas y por un instante parece que se va a dejar caer al suelo. La tos ronca y fingida de su marido en la planta de arriba la hace reaccionar y se reincorpora.

Antes de entrar en la casa observa que la vela roja, que mantiene encendida en el plato de ducha roto que hay junto a la pila, está a punto de apagarse. Se inquieta y busca otra en el viejo armario de metal. Una vez encendida y fijada en el suelo apaga la otra. Durante unos segundos cierra los ojos y hace que reza. Al final se santigua y repite dos veces su deseo: "¡Qué les vaya bien. Qué les vaya bien!" Acto seguido piensa para sí: "Lo mejor es que se vayan".

Ya en la cama se acurruca casi al filo del colchón para no despertar a su marido y se duerme. Está cansada, muy cansada. No sabemos si Adela sueña.

## ADELA (2032)



Hoy Adela está irritable. Infrecuente estado para alguien como ella, que de no reír ni llorar parece tener la piel de plástico, tersa y límpida como un lactante sin arrugas.

A Adela, habitante del sector B del pueblo le ha tocado inspeccionar las zonas A y C. Aquellas que los habitantes de la zona B hace décadas que no visitan. Adela sólo desea que las horas pasen rápido para encontrarse de vuelta en su oficina de turismo rural con la misión cumplida.

\*\*\*

Hace tiempo que el pueblo fue dividido en tres sectores separados entre sí por infranqueables (pero invisibles) muros. Desde entonces la comunicación entre ellos sólo era posible por pequeños túneles cuya ubicación era mantenida en secreto por los gobernantes. Nadie quiere recordar los motivos que originaron las tres zonas ni los ideólogos de las mismas. Sólo saben que en cada una de ellas se experimenta una alternativa económica y vital diferente:

**Sector A:** Monocultivo.

**Sector B:** Agricultura sostenible y turismo rural.

**Sector C:** Parque natural.

En la zona B las cosas no van nada mal, por ahora. Su sector se ha convertido en un próspero modelo de agricultura sostenible. Los cultivos están diversificados y mantenidos por mujeres y hombres de distintas edades y, en mayor o menor medida, se favorece la iniciativa.

A ello se une la pequeña cooperativa de turismo rural, un negocio minoritario pero rentable para muchas familias. De momento se orienta especialmente al alquiler de casas y al desarrollo de actividades que impulsan y mantienen el pequeño parque natural B (un trozo cercado de sierra asignado a esta zona). Casi todos los clientes de la empresa son extranjeros. Por ahora su labor ha repercutido positivamente en el pueblo, incluso en que haya más niños en el colegio: tres pequeños ingleses que ayudan al bilingüismo de los de infantil y a que los mayores chapurreen (todavía a gritos) «Hello» y «Good Bye» cuando saludan a los críos.

Que Adela recuerde fue una apuesta colectiva, aunque hubo un empujón importante de las generaciones más jóvenes que habiendo estudiado fuera eligieron trabajar en el pueblo. En los años noventa esto no era fácil, pero se empeñaron en que si no existían trabajos rurales que les gustaran tendrían que inventárselos.

Internet fue una herramienta clave para la reforma del sector B. Tanto para la apuesta por la sostenibilidad, la gestión y venta internacional de sus productos, como para animar a los visitantes a quedarse. Sin duda vivir en un pueblo donde el teletrabajo era una realidad era todo un incentivo. Piensa Adela que invertir en la digitalización del lugar fue un acierto, sí. Y ella, que rara vez tomaba partido por decisiones colectivas del pueblo, en este caso se sentía orgullosa de su comunidad. Excepcional y efímera muestra de estima, pues su estado habitual era la indiferencia.

\*\*\*

Antes de comenzar su viaje aquella mañana temprano, Adela ya no estaba ni indiferente ni orgullosa de nada ni de nadie. Ella estaba sobre todo irritable, muy irritable. Ese día su primer destino fue la oficina de gestión del ayuntamiento tercio B. Allí pidió los mapas del antiguo pueblo y los planos donde se señalizaban las entradas. De mala gana se despidió del funcionario que la había atendido, y masculló para sí un par de insultos a su mala suerte y al bombo del que salió su nombre para aquella inoportuna expedición.

Sin más demora emprendió su marcha con intención de terminar cuanto antes. Se dirigió a la parte más baja del pueblo. Durante unos metros tomó el camino verde, antes vía de tren, donde circulaban algunos forasteros en bicicleta. Cruzó el puente de hierro y tomó la salida del arroyo Bailón que en aquellos días de primavera llevaba agua, desde allí caminó varios minutos por las laderas de los tajos hacia la cueva que llamaban del Fraile.

Apenas la divisó se detuvo para comprobar que llevaba todo lo necesario en su mochila. Después subió con cierta dificultad la empinada cuesta, casi pared vertical, sobre la que se alzaba enorme la estalagmita con forma de busto monacal que daba entrada y nombre a la caverna.

Una vez dentro halló a la espalda del fraile cuatro agujeros que parecían converger en un mismo pasillo periférico que rodeaba al vestíbulo de la cueva. Sin embargo, no sólo se comunicaban entre sí sino que, en función del que se tomará, podían percibirse nuevas cavidades en diagonal y túneles hacia el interior de la montaña.

Adela sacó el plano, lo revisó muy por encima y se introdujo en uno de los agujeros abriéndose paso con la linterna. Anduvo semiagachada y en cuclillas a ratos durante más de treinta minutos antes de divisar luz natural al otro lado. Si el mapa era correcto se encontraba ya en el sector A, al que había llegado bordeando la montaña.

Nada más salir se detuvo en un llano de hierba techado por almendros. Brillaban verdes y estaban repletos de ayosas. Tras guardar algunas en su mochila, se sentó bajo uno de ellos durante unos minutos.

Habituada a los paisajes del sector B, apreció la extraordinaria similitud de la hierba, los lirios y los árboles, el mismo cielo y la misma tierra. Por un momento creyó que algo inquietante debía ocultarse tras aquella semejanza ¿para qué una frontera si no separa lugares diferentes? Sin duda, hasta donde alcanzaba a ver todo era familiar.

Los alrededores de la zona A eran bellos. La estación favorecía su esplendor y la vegetación se dejaba explotar sobre numerosas vías, como si hace años que nadie las limpiara. Sólo la carretera principal parecía estar plenamente transitable. El aspecto del campo era tímidamente salvaje pero sosegado. Daba la impresión de que se descansaba de un parto reciente. Y así era, pues hacía poco que había finalizado la recolección de aceitunas.

Conforme se acercaba al sector edificado del pueblo las cosas empezaron a cambiar. Adela observó que, a diferencia de los edificios de la zona B, en este lugar la mayoría de las casas no habían sufrido reforma alguna en muchos años, tampoco se habían encalado desde hacía tiempo. Las paredes exteriores de las viviendas no eran lisas como las del sector B. Mostraban irregularidades que a Adela le recordaban el tacto de las piedras de la cueva, aún recientes en su memoria. La falta de rectitud no resultaba a simple vista algo diferenciador y, probablemente, un forastero no habría recabado en la misma pero, de una forma u otra, todos allí eran expertos en paredes encaladas por lo que la percepción estaba especialmente aguzada en sus bases y texturas.

En general las casas lucían descuidadas y en conjunto las calles parecían antiguas, como las del fondo de las fotos que Adela heredó de sus abuelos. No obstante, algo, como entrópico, las diferenciaba. Salvo en la alternancia de casas habitadas y casas abandonadas (aproximadamente, tres abandonadas, una habitada, tres abandonadas, una habitada) en la zona urbanizada del sector A se apreciaba un cierto desorden.

Dicha sensación era fruto de las anárquicas reformas de las pocas casas ocupadas, contrastando con la homogeneidad de las construcciones clásicas, ahora en plena decrepitud. En lugar de tejas de barro las casas nuevas tenían chapas de uralita y no estaban encaladas sino pintadas de colores claros o imitando piedras no autóctonas. Tampoco mantenían los clásicos enrejados, sustituidos por cierres de cristal y persianas rígidas. A Adela, sensible y exigente con la imagen del pueblo -imagen que en el fondo le daba de comer- le resultaban algo chirriantes aquellas combinaciones.

También le sorprendió que hubiera casas de este tipo a las afueras del sector A, construidas en pleno campo, especialmente en zonas de interés natural, donde con seguridad los del sector B habrían puesto el grito en el cielo, por considerar que deben protegerse del ladrillo.

A Adela le costó localizar habitantes con los que poder hablar, pues las calles estaban vacías. Logró hallar a dos hombres en los alrededores del pueblo, salían de la vieja almazara de aceite con aspecto de estar trabajando en su interior. Poco acostumbrados a recibir visitas, enseguida se percataron de la presencia de Adela y se aproximaron a ella.

Según decían, en los últimos veinte años la zona A dedicada exclusivamente al cultivo del olivar había sido progresivamente abandonada. Apenas quedaban unas doscientas personas en el sector, la gran mayoría hombres y unas pocas mujeres, casi todas mayores y ancianas. El futuro de la comunidad era para ellos frágil y muy incierto. Parecían desmotivados y evitaban entrar en explicaciones.

A pesar de que ninguno de ellos superaba los sesenta años, el rostro de uno, especialmente arrugado por el sol, le hacía mucho más viejo. En la sentencia que repetía este último al final de todas sus frases: "Así son las cosas. No hay alternativa", se dejaba entrever la resignación negra de los ancianos nonagenarios que ya se quieren morir y sólo esperan el día.

El otro, sin embargo, era algo más joven (o parecía algo más joven por su actitud). Él confiaba en que la zona remontaría, que lo mejor no era marcharse y que convencerían a gente joven de otros lugares para que vinieran a vivir a ese sector.

Adela escuchó a los agricultores, paseó por el pueblo, tomó notas de todo y regresó a la cueva. Antes de entrar de nuevo en el túnel a Adela le había salido una arruga bajo su ojo derecho.

Pasaban las dos de la tarde cuando volvió a verse en el vestíbulo de la Cueva del Fraile. Esta vez dispuesta a encaminarse al sector C, la zona del pueblo plenamente integrada dentro del parque natural.

Adela ya no estaba irritable, se sentía triste, pero no tenía tiempo que perder ni ganas de retrasar su nueva expedición y, en consecuencia, su vuelta a casa. Con dolor de espalda por su primer trayecto y sin apenas hambre por un pequeño

nudo en el estómago se metió en otro de los agujeros. Si el mapa era correcto le llevaría a la zona C.

El camino esta vez fue más largo y complicado. A las puntuales cuestas que tenía que subir a gatas se unían las numerosas estalactitas activas y los charcos de agua que, bajo ellas, se escurrían lentos por pequeños orificios y grietas del suelo. Todo parecía indicar que detrás de las minúsculas cavidades se abrían otras y más allá otras. Adela comenzó a obsesionarse con los posibles habitantes de esos agujeros interminables, y aceleró su marcha para no tentar la suerte con algún compañero inesperado.

Desaliñada y nuevamente de humor arisco, salió por un agujero que tuvo que ampliar desde el interior de la cueva, ya que había sido cubierto por una higuera y varias rocas, posiblemente desplazadas durante alguna tormenta.

La zona C se encontraba en la parte más alta del pueblo, la más cercana a los cortijos de la sierra y de la que salía el único camino hacia la Cueva de los Murciélagos, situada en una de las cumbres de las montañas.

Adela no pudo encontrar el camino que aparecía en su mapa y que la llevaría hacia las casas. Todo allí parecía no estar tocado por la civilización. Y, si bien los paisajes tenían la misma vitalidad diáfana de la primavera del sector A, y las flores y los árboles eran igual de hermosos, ella percibía en el ambiente algo extraño, como vidrioso.

Adela logró orientarse con la luz del sol y algunos datos que logró descifrar de su mapa. Donde había cañadas para el ganado ya no quedaban sino señales intuidas e intermitentes de su existencia. Ningún signo de que por allí pasaran cabras y ovejas de manera habitual.

Adela observó que junto a los que en otro tiempo fueron caminos y en las faldas de muchas laderas se disponían montículos de piedras escrupulosamente ordenadas, como pequeñas pirámides artesanales. Sólo eran percibidos por su secuencialidad, pero en muchos casos se encontraban camuflados en parte entre los arbustos.

Todo hacía pensar que aquella zona estuvo cultivada en otra época, seguramente de cereal pues daba la impresión de que las piedras fueron apiladas a los lados de la tierra (en ese momento salvaje) para permitir su laboreo, y que las pequeñas explanadas que escalonaban la colina fueron eras hace años.

En su búsqueda de las casas Adela topó con varios animales: un buitre leonado, un conejo, una perdiz, muchas arañas e insectos y algunos pajarillos invisibles pero presentes por su canturreo monótono. Lo más inolvidable de su solitaria marcha, lo que más impresionó a Adela, fue un nauseabundo olor procedente de un jabalí muerto bajo unos olmos. Cerca, un viejo pilar casi enterrado en el barro, junto al que se apilaban varias bañeras oxidadas que los ganaderos utilizaron de abrevadero para los animales en otro tiempo.

El jabalí no fue el único animal muerto que halló en su camino. Algo "más muerto" si cabe estaba el esqueleto diseminado de una oveja debajo de un chaparro y, aún más, las patas de un cabritillo atadas a las ramas de un nogal. Mientras las miraba no advirtió que la textura de la tierra allí era distinta. Bajo sus pies los restos de un suelo empedrado y las raíces de una casa (un cortijo quizá) venida abajo. Frente a las ruinas de piedra y madera, sólo el dibujo de los muros e insignificantes detalles supervivientes de su uso hacían pensar en lo que antes fue una vivienda.

A las espaldas de la colina el espectáculo que encontró era en parte desolador y por completo paradójico. Un prado verde y violeta, punteado de lirios, algunas amapolas y otras flores cristalinas. Una pradera indescriptiblemente hermosa, recia y complaciente con la mirada, ocultaba las ruinas del pueblo, de lo que fue el pueblo, de eso que a ella le denominaron zona C. No se sabe si lo escondían o rezaban por él, pero el campo rodeaba aquella lápida de casas y escombros con pudor y respeto.

Posiblemente ninguno de los habitantes pudo imaginar que aquello pasaría. Sempiterna y recia la piedra resiste y el campo se renueva. Si ese ciclo se mantiene la vida perdura, pero no fue así. Ningún ser humano parecía haber soportado tanta belleza intocable como aquel parque natural. Nunca la belleza fue para los de allí algo con lo que comerciar y no se hicieron místicos ni estetas, ni tampoco se exiliaron de ellos mismos.

A nadie podía preguntar las razones de que la zona C no hubiera remontado su conversión en parque. Acaso el miedo, las nuevas leyes, los cambios en el ecosistema, la desaparición de especies, el aumento de otras, la innovación para quien sólo conoció aquello, el fin del cultivo, ver como extraño lo propio, como bella (sólo bella) la azada. Acaso la burocracia, los mundos distintos dentro del mundo donde unos piensan a los otros o, de nuevo, el miedo, la impotencia y el éxodo. Acaso las materias básicas de la madera y la piedra crecidas en sus derechos se sublevaron contra las paredes y se produjo una implosión. La naturaleza saliendo desde dentro de la aldea, fagocitándola como una solitaria que devino verdugo.

Adela no pudo resistir la tentación de visitar los restos del sector C habitado, aun a sabiendas de que su cara, antes de plástico, se convertiría en arcilla y lágrima sobre las casas podridas de sus antepasados. Aunque era muy pequeña cuando se fue de allí, era probable que todavía retuviera algún vago recuerdo de la casa de su abuela. Aún así, arriesgándose a ser subsumida por una implacable fuerza telúrica, se adentró en las ruinas.

Cruzaba los dedos para no tentar la suerte de Medusa e impedir quedar congelada por ver demasiado. Cruzaba los dedos para no encontrar restos reconocibles de muebles y casas que pudieran formar parte de su pasado. No lo soportó y optó por cerrar los ojos y caminar a tientas por los edificios de la periferia. Los ojos son más débiles que las manos y tienen atajos para llegar a la

memoria. Determinadas postales eran incompatibles con su vida feliz y con su cara de plástico.

En su recorrido, y aun a ciegas, un tacto frío de piedra hecha olas lamió sus manos. En el instante en que sus dedos construían la imagen de las concavidades de aquel mueble pétreo, sintió un recuerdo sinestésico: un olor lejano y nocturno a ropa recién lavada, una luz roja. No lo aguantó y echó a correr de vuelta a la caverna. En su camino una nueva arruga le salió, esta vez más profunda y bajo su ojo izquierdo.

Mientras gateaba por el túnel no podía quitarse de la cabeza por qué tanto en la zona A como en la C sólo había un agujero de salida, y sin embargo en la zona B había varios. Aquel pensamiento se repetía obsesivo, martilleándola con respuestas que percibía invivibles para su vida de antes.

Al ver la luz al otro lado Adela aceleró su salida y resbaló, saliendo despedida al vestíbulo de la Cueva del Fraile. En los pocos segundos que duró su caída decidió que lo mejor era volverse amnésica. Sincrónicamente sus dos arrugas desaparecieron y la suciedad se escurrió por su cara de plástico.

## LOS NOMBRES Y LAS ARISTAS



*No preguntes qué enfermedad tiene una persona,  
sino a qué persona elige una enfermedad.*  
(Atribuido a) William Osler

Ser de pueblo condiciona tu vida porque tu infancia arropa tu vida. Ser de pueblo es como un apellido y ciertamente esto lo llevaba muy bien Milagros. Cosa distinta era su nombre: “Milagros”. Imposible llevarlo. Su identificación con aquella palabra la sumía en un dolor profundo.

Milagros nunca supo que padecía la “enfermedad del alma de los nombres”. Sufrirla conlleva el riesgo de dejar la vida en suspenso. Para colmo éste es un mal del que nadie habla. Un mal que no tiene nombre (consideren lo entrecomillado arbitrario y provisional).

Lo cierto es que no queda claro si fue por esta enfermedad o por otras más conocidas que le diagnosticaron, pero el caso es que a las pocas semanas de marcharse a la ciudad Milagros no pudo soportarlo y se volvió a casa.

Por aquel entonces, la dolencia del alma de los nombres sufrida por Milagros estaba camuflada entre diversas fobias e inseguridades relacionadas con la vida en la ciudad: miedo a las multitudes, miedo a las avenidas, miedo a los pisos altos... Por no hablar de una dramática mezcla de timidez y retraimiento patológicos.

Sus parientes no daban mucho crédito a las enfermedades no relacionadas directamente con la fiebre, el dolor físico y lo escatológico, atribuyendo lo que le pasaba a Milagros a su extremada vergüenza. Más en su contra puesto que las patologías comunes estaban mejor vistas, exentas de críticas, eran tratables y susceptibles de acabarse. No tanto la timidez, mal insoluble. En el mejor de los

casos cosa de carácter y de genes, donde además podían disimularse la sosería y el desapego a la comunidad.

El padre decía guardar en secreto (lo cierto es que sin mucho rigor) el nombre de alguno de los abuelos responsable de esa herencia y cuyo origen remoto fue, según contaba, una rebelión de la tierra, un intento frustrado de convertir en árboles a las personas, que terminó con el cultivo (dominación) del campo y con unos pocos humanos (entre ellos, un familiar antiguo) convertidos “a medias”. Lo hacía con intención de suavizar el gravamen psíquico de la niña y compartir su carga con los antepasados que ya no podían reclamar la veracidad de los hechos o, cuando menos, adornar el mal de ~~Milagros~~ con una leyenda. Claro, que más de una vez se le pilló en la contradicción de que, ora uno, ora otra, todas y todos los abuelos en función del día pasaron por tener aquel carácter introvertido de los semihumanos-semiárboles traspasado supuestamente a la niña.

~~Milagros~~ sólo tenía una hermana. Se llamaba Virtudes y era la protectora y aliada incondicional de la pequeña ~~Milagros~~. Con ella guardaba algunas similitudes. Puede que en distinto grado pero la que más condicionó sus vidas fue la aversión compartida a sus nombres, así como la alianza fraterna de acabar con ellos en el futuro, de expropiárselos a sí mismas.

María, Carmen, Luisa, Antonia, Aurora, Margarita,... cualquiera de estos les habrían valido, pero los suyos: ~~Milagros~~ y ~~Virtudes~~, habitaban en las niñas como una imposición y no lograban que ellas habitaran en los nombres, no las nombraban.

Ambos (~~Milagros~~ y ~~Virtudes~~) eran nombres considerados hermosos para una mujer y relativamente frecuentes en el pueblo (de hecho, así se llamaban sus dos abuelas). Sin embargo, algo irracional pasó en la identificación de las niñas con ellos que no los reconocían como suyos.

Para empezar, sus bautizos supusieron un uso no convencional de los mismos. Su pronunciación fue más una invocación a los santos, que el nombramiento propio del consabido sacramento. “Milagros” y “Virtudes” llevaban implícitos signos de exclamación y súplica. Bien mirado, estaban en sintonía con el contexto religioso donde acontecía el acto performativo.

¡Milagros! ¡Virtudes! Así los pronunció el cura e, imitándolo, así también lo hacían sus padres y familiares. Como implorando la mediación de las niñas para que la divinidad en la que creían les dignificase con milagros y virtudes. Las hermanas, en consecuencia, serían para ellos algo así como unas intermediarias de lo divino, mediadoras de un futuro mejor.

El caso es que desde siempre y como algo firmemente decidido por las crías, sus nombres eran de los otros que los usaban. Ellas sentían que los llevaban provisionalmente y soñaban con su futuro cambio. De mayores, "cuando todo se consigue", podrían manipular sus sílabas, cambiarlo por otro o, pensaban ellas, vivir sin nombre. En este último caso habría vencido y culminado la enfermedad

del alma de los nombres, pues las niñas se habrían mimetizado en ella, unas y otra sin nombre.

Entretanto llegaba el día, se decían mutuamente: “Qué más da” si a **Milagros** la llaman “Niña de pelo rubio Fernández Castro” y a **Virtudes** “Niña de pelo castaño Fernández Castro”; O “la mayor de Antonio y Aurora” y “la pequeña de Antonio y Aurora”... En la primera opción, no está claro el motivo, pero las niñas daban al pelo un valor especial como elemento identificativo. En la segunda, tenía su lógica, pues durante mucho tiempo los del pueblo se referían por esas identidades de procuración a las hermanas.

Vivir sin aceptar tu nombre no es cosa fácil. De hecho, cuando alguien pronunciaba los suyos, **Milagros** y **Virtudes** no respondían de inmediato, ni sus ojos atendían interesados al interlocutor. El proceso ralentizado seguía varios pasos: primero se asustaban, después se avergonzaban y al final elevaban ligeramente su mirada con la cabeza agachada, asintiendo pero precisando con sus ojos: “Yo no soy ese nombre. El nombre es mío, sí, porque de momento no sé cómo cambiarlo”.

En pocas ocasiones dijeron: “Soy yo”. Sólo si las normas del contexto así lo exigían. Cierto es que si ese reconocimiento quedaba necesariamente aplazado hasta la edad adulta, ésta era una razón sustancial para crecer rápido.

Nada más lejos: todo se siente lento cuando se quiere que pase rápido. Y eso ocurrió durante su estancia en el colegio, donde además repetían los nombres de las hermanas constantemente. Sí, es verdad que de los quince niños y niñas matriculados en primer curso de Educación General Básica, sólo había un nombre “Milagros”, y que en segundo sólo había un nombre “Virtudes”. Es cierto que, sin embargo, había varias M<sup>a</sup> Carmen y otras tantas Lola o M<sup>a</sup> Dolores, pero ninguno de aquellos nombres tenía que soportar el diminutivo de “**Milagritos**”. Este último potenciado desde chica por la menudez y el apocamiento de **Milagros**.

Nunca llegó a tener claro **Milagros** qué fue primero, si la vergüenza, o si ésta ya venía motivada por el poco afecto a la palabra que la nombraba. Tampoco tuvo claro si, como en todos, el color de su piel era el rosado que al ruborizarse se hacía rojo o si, por el contrario, el suyo era rojo y en algún momento (los menos) se hacía rosado.

En ocasiones, los maestros confundían los nombres de las dos hermanas entre sí y con otros comunes allí como Remedios, Mercedes o Socorro. No obstante, el origen de la confusión no era ni mucho menos su parecido físico. **Virtudes** era una niña de aristas, puntiaguda, pizpireta, extrovertida y llena de matices. **Milagros** en cambio era pequeña, redonda y homogénea. No tenía ni una sola arista y su cara esperaba aplazada, escondida tras una permanente e incómoda expresión pre-llo, como si quisiera delatar a alguien y no pudiera soltar palabra.

Al cumplir dieciocho años ~~Virtudes~~ se marchó del pueblo a estudiar a la ciudad. ~~Milagros~~ la echaba tanto de menos que en la noche se despertaba pronunciando su nombre: “~~Virtudes~~”, aquel que junto al suyo tan poco le gustaba. Los sueños no tienen la culpa de hacer y deshacer los juramentos que rodean a muchas palabras. Y, curiosamente, fue en la ausencia de ~~Virtudes~~ que su nombre pronunciado en sueños adquirió un aura diferente, como si acercándose el día del cambio soñado por las niñas, su sonido se aferrara a la vida.

En aquella época, también pensaba ~~Milagros~~ si, ahora que no estaba su hermana, le saldría a ella alguna arista. Le atemorizaba que su apariencia uniforme, sin picos ni matices, fuera la premonición de una vida aburrida. Realmente hasta entonces su vida había sido bastante sosa.

Le preocupaba además que el rechazo a su nombre y sus miedos fueran, en cierta medida, responsables de su cuerpo sin aristas. En cuyo caso si su cuerpo y su nombre no cambiaban, su futuro irremisiblemente unido a él sería tan monótono como su pasado. Durante un corto periodo de tiempo, justo cuando más le asustaba este pensamiento, su cuerpo cambió ligeramente.

Pero a ~~Milagros~~ le salió su primera arista el día que recibió una carta de su hermana ~~Virtudes~~. Pasaban ya varias semanas desde que se marchó y allí estaba aquel sobre con el nombre que sus padres eligieron para ella: “~~Milagros~~”.

Leerlo supuso una inesperada reconciliación con aquella palabra. El peso con que la letra cargaba su mano, rozaba su nombre y lo liberaba por fin. Un temblor crudo recorría la espalda de ~~Milagros~~ ante esa desnudez de ser quien allí decía: “M i l a g r o s”. Y por vez primera en su vida logró identificarse, ser aquel nombre.

Después de años haciendo listas para no equivocarse en la elección, después de esconderse en pasajes de acepciones míticas y no encontrarse, ~~Milagros~~ estaba allí, cómodamente observada en la caligrafía de boli azul con que su hermana se dirigía a ella.

Sin embargo, sintió ~~Milagros~~ que la distorsión entre ella misma y su nombre no quedaba abolida por siempre. Que aquello era un espejismo. Superar el lastre de esa comunión no se logra de un día para otro, y después de haber releído decenas de veces la carta volvió a extrañar el conjunto de letras manuscritas en el sobre: M i l a g r o s. A fuerza de repetirlo, el nombre dejó de hacerse sustituto. E irremisiblemente ~~Milagros~~ volvió al punto de partida.

No obstante, algo cambió. De la mano de su primera arista llegó una nueva percepción del nombre de su hermana. Desde que se marchó a la ciudad, “~~Virtudes~~” pasó de ser un nombre tolerado a ser “venerado” por ~~Milagros~~. Ahora le resultaba tan hermoso que lo escribía en el aire allí donde estuviera: en la habitación de al lado, en el último peldaño índigo y gris de la escalera, en el campo, en la mesa de la cocina, junto a la taza del desayuno... Escribiéndolo

sentía la presencia de su hermana Virtudes y, como el nombre era su único representante, terminó por aferrarse a él y redimirlo de su sentencia de muerte.

Pero llegó el día en que le tocó a Milagros marcharse a la ciudad. Y lo preparó todo para el reencuentro con su hermana, para sus futuras aristas, para su nuevo nombre. Imprevisiblemente la vida tomó la decisión por ella y debido a problemas de admisión en la universidad que Milagros eligió, tuvo que marcharse “sola” a otra universidad, a otra ciudad, sin su hermana.

En la gran urbe todo era escalofriante para ella. Le daban miedo las calles, los edificios altos, las aglomeraciones y cualquier indicio de arista era irremisiblemente contrarrestado y pulido por la fricción de los pasajeros del metro, las colas en el supermercado y los trámites burocráticos del piso de alquiler, la matrícula y la beca.

Cada mañana, en su taza de desayuno, líquidos reflejos que permanecían inmóviles e indescifrables. Ninguna señal sobre cómo y dónde cambiar su nombre. Y miedo, mucho miedo. En sus propósitos diarios, verbos que desandaban sus pasos y ante ella, marchitos días antes incluso de estrenarlos. Se le hacía insoportable la rutina de la diáspora delirante de cientos de cuerpos, miles de cuerpos, andenes de horas punta y una muchedumbre acompasada y temible que no la llamaba, no, porque ella estaba dentro, apretada e invisible para todos.

El único lugar donde Milagros parecía existir (aunque sólo en conflicto, sólo su nombre) era en los formularios que dejaba cada día en diversas administraciones públicas. Pero allí era sólo una huella dactilar, una palabra sobre la que nadie se detenía con atención. Hasta que en la secretaría del rectorado tuvieron que llamarla por megafonía y, como tantas veces en su pasado, equivocaron su nombre: “Mercedes Fernández”. No era alternativa. “Mercedes” para ella era la otra cara de “Milagros”, la respuesta por tanto no podía ser distinta: susto, vergüenza y leve movimiento de ojos con la cabeza agachada, como si en el nombre fuera implícito un insulto y una resignación.

Se le hacía un mundo salir cada día al mundo exterior, y al cabo de seis semanas de su llegada a la ciudad salir se hizo imposible. La puerta del piso de alquiler era infranqueable por su cuerpo. Como si hubiera una escisión real entre ese nombre que la nombraba -que ya merodeaba al otro lado en el mundo de las personas- y su cuerpo, una especie de Gólem asustado, paralizado del lado de la casa. Le angustiaba cada paso y cada segundo detrás de aquella puerta hasta dejarla sin respiración, hasta resultarle del todo inhabitable aquella vida.

Milagros decidió firmemente volver a su pueblo, a su campo. Aunque sabía que en su caso volver era “volver, habiéndose ya despedido”. Cada mirada sería un reproche por no haberse quedado, y esto la encerraría todavía más en su ensimismamiento. Todo un fracaso. Regresaría además con su mismo nombre, tan homogénea, redonda y pequeña como antes y sin la minúscula arista que le salió el año pasado, perdida al aumentar de peso por consecutivos intentos de

suicidio por sobredosis de azúcar. En el fondo, nunca las ingestiones desmesuradas de napolitanas de chocolate y bollos de crema hicieron otra cosa que devolverla al mundo, que ayudarla a sobrevivir.

Antes de marcharse se dio una última oportunidad y se animó a consultar a un médico de ciudad (sobrevalorados por muchos en el pueblo). Creía que tal vez indirectamente podría lograr alguna pista sobre el cambio de nombre y la formación de aristas. Pero... nada halló. Como la enfermedad del alma de los nombres no estaba tipificada en ninguna enciclopedia médica (es otra de sus artimañas para que no la nombren) y Milagros no se atrevió a preguntar nada, la doctora que la atendió le dijo que su salud física era buena, pero que padecía: agorafobia, acrofobia, claustrofobia y otras enfermedades con nombres de este tipo.

A Milagros no le gustó tener estas dolencias, sobre todo no le gustaron los tecnicismos con que la médica se las explicó. Sintió lo mismo que cuando un ilustre biólogo visitó el pueblo y su padre le acompañó a la sierra para guiarle en su búsqueda de plantas autóctonas, posteriormente catalogadas por el ínclito. El científico bautizó con términos incomprensibles lo que su padre, sumiso como un criado ante las palabras y actitud del biólogo, siempre había llamado de otra manera. En el pueblo no se consideraban sabios en nada pero Milagros no estaba de acuerdo con ese sentimiento.

En cierto modo, le habría gustado corroborar que lo que ella tenía era “vergüenza” como decían sus tías o, mejor aún, la enfermedad de los semihumanos-semiárboles heredada de sus antepasados, como decía su padre.

Finalmente todo pasó a un segundo plano cuando la doctora le dijo: “Milagros, lo mejor es que vuelvas con tu familia”. Y ella, que ya lo tenía previamente decidido, regresó a su pueblo.

Allí Milagros vegetó durante unos meses preguntándose: “Si ni en la ciudad ni en la edad adulta está mi oportunidad de lograr nombre y aristas, ¿dónde encontrarlos?”.

Sin ver más salida que el campo y sintiendo su joven responsabilidad de ganar dinero, Milagros, como muchas otras personas allí, se hizo jornalera temporalmente y desempleada el resto del tiempo. Incapaz de desprenderse de su nombre y de encontrar su camino tomó como provisional el que vivía, pensando que algo inesperado le traería un poco de luz.

Como quien busca el blanco precisa el negro, ella buscaba la luz en la oscuridad. Desde las escaleras de su patio miraba la noche cada noche. Sentada en el último y más bajo peldaño soñaba ser cada estrella invisible, inane... casi imaginaria (por si las raíces de los nombres y los cuerpos no llegaran tan arriba, tan adentro). Siendo estrella además tendría aristas (claramente, sus estrellas imaginadas tenían muchos picos y probablemente muchos nombres). Y a su hermana también la soñaba. Era la estrella más luminosa y picuda, tan cercana a

ella que de existir el astro ambas serían imposibles. Eso no importaba, por algo aquel era su sueño y desde su escalón índigo y gris podía decidir y mandar que las estrellas fueran lo que le diera la gana.

De hecho, se trataba del único territorio donde Virtudes estaba cerca, pues desde hacía un tiempo la hermana de Milagros sólo aparecía por teléfono. Cada vez espaciaba más sus visitas y limitaba su contacto a cortas conversaciones semanales con la madre. Milagros ya no recibía ninguna carta de Virtudes. Probablemente su hermana había olvidado aquel pacto infantil de "llegar a ser" sólo cuando cambiaran su nombre. En cierta manera, que para Milagros el nombre de su hermana no fuera un problema desde que recibió sus primeras cartas, había eximido a Virtudes del acuerdo (y a la enfermedad de vivir en la ciudad con la hermana).

La vida plana y homogénea de Milagros se había convertido en una sala de espera en la que no sabía qué esperaba. Del paro a las aceitunas y de las aceitunas al paro. Y, aunque nada le hacía sospechar que las cosas iban a cambiar, ella renovaba con la mañana un sabor a cambio en la boca, un deseo incontrolable de recibir una señal de alguien o algo que le produjera aristas y le matara el nombre. A veces cansada y con el alma arrugada pero siempre con fe. Ese era su estado, la línea recta, una velocidad uniforme, lo bastante activa para resistir pero no lo suficiente como para inventar su propia iniciativa.

Hasta que un día pasó. Realmente fue en unos segundos que pasó, como algo natural, fácil y sin estruendos. El mundo le echó un cable y por fin un nuevo destino cruzó el umbral de lo posible.

Era un día de mediados de agosto cuando recibió la visita de unos familiares, y una propuesta que desde su vuelta de la universidad nadie le había hecho: volver a salir del pueblo. Inesperadamente para todos, Milagros aceptó su invitación para ir juntos a la vendimia francesa a primeros de septiembre. Sólo serían unas semanas y ganaría un dinero extra. Milagros necesitaba intentarlo de nuevo y, sin más garantía que no tener nada que perder, decidió agarrarse a la sorpresa de que alguien confiara en ella. De momento este era su inestable pero único asiento de una nueva posición frente a la vida.

Que su estancia en Francia fuera temporal la tranquilizó en el trabajo, y estar rodeada de campo apaciguó sus fobias hacia el asfalto y la ciudad. De esta manera, crecida en su recién estrenado brío y segura por la compañía de sus familiares, duchos en esto de la vendimia, mientras recogía las uvas Milagros pensaba en su futuro. Concretamente que, esta vez sí, invertiría el dinero logrado por su trabajo, en algo que le ayudara a exterminar su nombre y cambiar su anodina vida.

La herramienta en cuestión no sería literalmente un "arma". Sólo necesitaba que la desplazase temporalmente o que le permitiera ser "otra", aunque fuera durante un tiempo. Coche y viajes descartados, pues de momento ni sabía conducir ni era capaz de vivir en otro sitio que en el campo. Tenía que ser algo relacionado con

su patología lo que le sugiriera las claves para vencerla. Así que, después de mucho pensarlo, entre racimo y racimo, y sin quedarle del todo claro que extraña secuencia de asociaciones hizo, terminó valorando la posibilidad de comprarse un ordenador personal y conectarse a Internet.

Pocas cosas había visto claras ~~Milagros~~ en su vida, sin embargo en ésta no dudó. Así, recién llegada de la vendimia salió nuevamente de su pueblo, esta vez a la ciudad más cercana, para comprarse un equipo informático.

Una vez tuvo la máquina casi lista en su habitación, llamó por teléfono y pidió a la máquina parlante que la atendió: “La mejor conexión y con más capacidad”... Una pena, la alta velocidad se quedó a mitad de camino y subía la cuesta del pueblo con cuentagotas. No obstante, por ahora bastaba y aquella lentitud no iba a echar por tierra sus planes.

Sintiéndose segura en su cuarto y sin el conflicto cuerpo-nombre que desde que recordaba la había perseguido en su relación con los demás, se propuso intentarlo de nuevo. En la red parecía tenerlo más fácil puesto que su cuerpo redondo, pequeño y homogéneo no era, a priori, una fuente de inseguridad en su relación con los otros. Allí además podía cumplir, al menos temporalmente, su sueño de nombrarse ella misma.

Y lo consiguió, superficialmente, sí, pero con tal ansia que por un tiempo no hubo chat, e-mail o blog en el que coincidieran sus nombres y tonos de escritura. Como si se deshiciera de un incordioso corsé ajustado a ella durante toda su vida anterior, ~~Milagros~~ explotó en muchas, en una lluvia de “Milagros”. No lo pudo evitar y no lo quiso evitar. Por unos días se (des)hizo a gusto hasta dar forma a su nueva vida y decidir su nuevo y definitivo nombre. Ahora que en Internet podía neutralizar su dolencia estaba en disposición de exterminar aquel ~~Milagros~~.

No hubo sangre. Tampoco fue doloroso. Fue punzante, como el pinchazo de una aguja. ~~Milagros~~ se permitió el lujo de llamarse: “Milagros”. Y ante la sorpresa de todos, la nueva era milagrosamente distinta.

¿Volvía a ser un espejismo? ¿Acaso la enfermedad del alma de los nombres nunca le permitiría un cambio de nombre perentorio, sólo la ilusión de que ese nombre era entonces diferente? ¿Acaso sus enfermedades estaban orquestadas por una que las englobaba a todas, una especie de síndrome de Estocolmo de “ese nombre”?

Lo cierto es que, como ~~Milagros~~ vinculaba la aparición de aristas a su aceptación del nombre, podía comprobar si el cambio era real o sólo imaginario. Y, bueno, no fue algo espectacular, sólo le salieron tres pequeñas aristas en las que nadie recabo. No importaba. Ella las veía suficientes. Es más, las veía constantemente. De forma que entre su “nuevo nombre” y sus mínimas aristas tenía lo necesario para derivar hacia una cadena de decisiones.

Para empezar pequeñas cosas pero, sin darse cuenta, una llevó a otra y, a los pocos meses, terminó asociándose con su compañera de colegio Lola para montar una pequeña empresa en el pueblo. En el negocio ella, que siempre tuvo problemas para relacionarse con los demás y que en esto asentó su vida uniforme, se ocuparía de las tareas de “comunicación”. No fue premeditado, las cosas vinieron dadas. Aunque inconscientemente quizá algo la llevaba a resarcirse de su pasado, a contrarrestar con este trabajo la acumulación de los síntomas de su padecimiento, su damnificación.

Para ella misma, «Milagros» suponía ahora un proyecto de estrella atestada de aristas. Para su familia: la reinención de los genes y de sus leyendas. Para el (hoy apóstata) cura que la bautizó y que escurría el bulto en su responsabilidad performativa con aquel nombre, lo ocurrido implicaba una nueva crisis de fe, ¿un milagro? Y para la enfermedad del alma de los nombres: un punto ciego, un giro de rosca, una enfermedad de la enfermedad que, como efecto y hasta un nuevo giro, la curaba.

## HISTERECTOMÍAS DE LA TIERRA (EL ÉXODO)



Irse y volver supone no irse del todo, no quedarse del todo. Irse y volver es un éxodo ficticio, un purgatorio para el nómada. Porque abandonar un lugar para irse por siempre supone, cuando menos, hacer una mudanza, despedirte de los que se quedan y dotar de trascendencia el viaje. Cabe la vuelta, claro, pero sólo como visita, no más. Sin embargo, este irse y no irse es como vivir en los muros y despertar cada día con un pie del lado de una habitación diferente.

En las últimas décadas muchas mujeres nacidas en pueblos arrastran esta condena fantasmal de estar y no estar a un mismo tiempo. Habiendo salido de sus primeros hogares para buscar mejores condiciones de vida y trabajo, siguen regresando allí de donde se fueron para cuidar, acompañar y querer a lo/s que se queda/n.

Puesto que para quien se va no hay lugar más prohibido que aquel del que se sale, ellas no corresponden a ese grupo de los que se marchan, sin más. Ellas se marchan y continúan al mismo tiempo. De hecho, vuelven a su pueblo cada pocos días, cada semana, a lo más cada mes. Y se preguntan en el pueblo: «¿Es irse este irse a medias?»

Ellas no tienen un relato épico que contar, ni una guerra a sus espaldas, ni siquiera una posguerra, ni hambre, ni dictadores; no cargan con motivos que las conviertan en mártires, víctimas o refugiadas... Ellas, que sólo conocieron todo esto que les precede por intermediarios, se fueron no por ideales ni por religión. Irse por algo tan «prosaico» (para la Historia) como un trabajo las condena a ser fantasmas de segunda. Volver por algo tan invisible (para la Historia) como las historias de los afectos, las convierte en invisibles.

Sus padres escucharon de boca de otros que ya lo vivieron como, al principio despacio al principio y después con cierta rapidez, muchos pueblos fueron menguando hasta desaparecer un día. Escucharon que esto también les pasaría a ellos. El anuncio pareció convertirse en destino innegociable para los habitantes de los pueblos pequeños. Diría incluso que al ser tan terrorífico nadie dudó del mismo (en los pueblos tendemos a creer que todo, incluso lo peor, es

posible). De esta manera, más que resignarse, al prepararlo todo para que el éxodo no les pillara desprevenidos, inconscientemente lo fueron haciendo posible.

Ninguna persona recuerda si el origen tuvo voz de adivino porque el rumor corría velozmente de boca en boca, pronosticando (auspiciando) la inminente diáspora de los jóvenes, especialmente de las mujeres, y la posterior desaparición del pueblo. Así, desde los años ochenta muchas se fueron, pero la mayoría sin irse del todo, como los espíritus de los muros y de las carreteras. Su viaje, por tanto, no fue un viaje convencido. Cuando uno es joven se confía en aquellos que te piensan desde afuera y las decisiones son compartidas con otros, más de los otros que de uno.

Con el paso de los años, cuando se envejece, se descubre que en aquel temor no había sino una intuición, una inseguridad colectiva, un fundamento mágico o subjetivo en muchos casos, una consigna camuflada por alguien que pretendía que aquello fuera así. «Alguien» a quien sólo le bastó ampararse en la resignación de los que creen que todo (más lo malo que lo bueno) es posible. Este «alguien» a quien reconforta culpabilizar es metafórico, un símbolo sin cuerpo, claro está, pero no pueden fiarse, son los peores. Resbaladizos, camaleónicos y constantes en sus propósitos, terminan por hacerles creer que no había alternativa. Les convencen de que existen de verdad y que son peligrosos, muy poderosos.

Al poco tiempo de marcharse, las mujeres sintieron pánico a no ser de ningún sitio (al no ser de la ciudad les recordaban que debían “ser” de algún sitio); quisieron entonces aferrarse más a su pueblo que a ningún otro lugar. Obviamente esta sensación era más intensa cuando no estaban allí y la ausencia se transformaba, irreparablemente, en «presencia». Cuando más que emigrantes o exiliadas eran huéspedes, visitas de un tiempo. En esos intervalos el sentimiento de pérdida posible les provocaba unas ganas terribles de llorar.

Hasta que un día comenzaron a espejizar en los paisajes urbanos imágenes de su pueblo. Y así, los bloques de apartamentos de diseño minimalista se convirtieron en casas blancas de ventanas barrocas repletas de geranios; el ruido crónico del tráfico en el trino sostenido de los pájaros; el cine en la misa de ocho; y las filas de coches que se pierden entre colinas de hormigón en hileras de olivos que se emborronan en un horizonte infinito.

Cuando se producen estos espejismos las mujeres piensan seriamente en su condena: ir y venir «¿Y si nos quedamos aquí para siempre? ¿Y si volvemos allí para siempre?» Pero la crisis suele durar poco y, finalmente, deciden optar por una posición intermedia: estar y no estar a un mismo tiempo. Esto lo hacen aun a sabiendas de que esta fórmula es el primer paso para desaparecer, pero les resulta imposible quedarse del todo y les resulta imposible irse del todo.

Decoran sus casas de la ciudad con fotos del pueblo y, en ocasiones, convierten su dormitorio y su salón en una réplica rústica de los que

obsesivamente ven difuminados por la amenaza de la desaparición, como quien hace copias compulsivas de los documentos que teme perder. Recrean en sus cuartos el olor a jazmines, las sillas de enea y las camas de hierro. Duplican el original por si en un retorno ya hubiera culminado el augurio.

Al hacer esto vuelven a corroborar que inevitablemente se acercan a una forma de desaparición, reproduciendo las mismas habitaciones en lugares distintos, estando y no estando. Ellas no pueden evitarlo y viven con esa dolorosa contradicción, con esa necesidad.

A veces se despiertan con un sueño y un grito: «¡Vete!, ¡Quedarse es fracasar! ¡Lo mejor (no) es que te vayas!» Pero después no recuerdan con nitidez si el sueño decía «lo mejor es que te vayas» o «lo mejor no es que te vayas» y entonces vuelven a hacer ambas cosas.

En el fondo saben que el «sueño» no proviene de un sueño, sino que todas lo vieron en los ojos de sus padres. Ojos que, por un lado les incitan a marcharse y, por otro, les enseñan la chispa tatuada de la última puesta de sol (justamente igual que la primera que ellas recuerdan). Esa que sólo precisa de sus ojos para ver, querer ver.

Si no fuera porque no tienen un relato épico que contar y nunca se aferraron a ningún fanatismo. Si no fuera por su enfermiza responsabilidad y por el camino andado, muchas mandarían todo al cuerno y cambiarían su destino. Algunas se marcharían del pueblo «sin miedo»; otras se quedarían «sin pena» y algunas volverían de nuevo a la casa de la que salieron, a repensar su aldea, a reconstruir el suelo bajo sus pies, a devolver el declive (auspiciado) a su lugar primero: al mito; a su lugar deseado: a la estadística fallida.

Háganme un favor: Si las ven preocupadas en una curva, junto a los fantasmas de la carretera, en un supermercado de la periferia urbana, estudiando en una biblioteca pública o retocando su cenefa en el pueblo, párense para decirles que eso de «lo mejor es tal o cual cosa» es otro invento, que no tengan miedo. Que decidan ellas, que se queden o que se vayan. Pero, insistan, que no tengan miedo.

Los relatos que aquí se presentan forman parte del libro “Lo mejor (no) es que te vayas” galardonado con el *I Premio Literario Mujeres del medio rural y pesquero* otorgado por el Ministerio de Agricultura y Pesca del Gobierno de España en 2006. El texto se publica bajo una licencia *Creative Commons*, por lo que usted puede acceder a él gratuitamente y hacer las citas, copias y uso que considere, siempre y cuando aluda a la fuente y a la autoría.

Deseo que usted, lector/a, encuentre nexos que vinculen estas historias con las suyas, lazos que también las hilvanen con la vida de las mujeres y hombres de pueblo que usted conoce, las que forman parte de “su” propia historia, posiblemente no escrita ni congelada en un libro.



## INDICE DE IMÁGENES

- Anemia de grafito FOTOGRAFÍA (fragmento): Mujeres de Guernica asisten a un curso impartido por una agente de economía doméstica (Guernica, Vizcaya, 1972). Autor/a: desconocido/a.
- 7.314 FOTOGRAFÍA: Mujer trabajando en la tierra (Ubiarco, Santander). Autor: Juan Cruzado Rauz.
- Testimonio ante un próximo desmantelamiento FOTOGRAFÍA (fragmento): Varias mujeres escardan trigo protegiéndose del sol con pañuelos y máscaras de tela (Castromonte, Valladolid). Autor/a: desconocido/a.
- Juguete jugado FOTOGRAFÍA (fragmento): Proyecciones para mujeres después de una charla de una agente de economía doméstica (Monforte de Lemos, Lugo, 1961). Autor: Quiñones.
- La oliva del aceituno FOTOGRAFÍA: Vista de espaldas de una mujer alejándose sobre una mula; título del autor: "Las fragatinas van también" (Fraga, Huesca, 1951). Autor: Felipe Borrás Simo.
- Las lágrimas de las gotas FOTOGRAFÍA (fragmento): Grupo de mujeres recolectando la aceituna tirada del árbol en la finca "La noria"; título del autor: "Belleza y fruto" (Arjona, Jaen, 1954). Autor: Eufrasio Martínez Valero.
- Suelo apagado FOTOGRAFÍA (fragmento): Mujer transportando flores. Autor: Gonzalo Azumendi.
- El reloj FOTOGRAFÍA: Niña y mujer montadas en burro salen de una viña con dos cestos cargados de uva. Autor/a: desconocido/a.
- Buscar consuelo / Ganarse el cielo FOTOGRAFÍA (fragmento): Mujer conversando con un grupo de mujeres al terminar una reunión (Betanzos, A Coruña, 1961). Autor: Quiñones.
- La exiliada FOTOGRAFÍA (fragmento): Proyecciones para mujeres después de una charla de una agente de economía doméstica (Monforte de Lemos, Lugo, 1961). Autor: Quiñones.
- S(h)embrar FOTOGRAFÍA: Una mujer posa junto a un jarrón de flores secas con una televisión de fondo (Guernica, Vizcaya, 1971). Autor/a: Servicio Central S.E.A.
- Adela (2.032) FOTOGRAFÍA (fragmento): Cueva del Fraile (Zuheros, Córdoba, 2007). Autor: Cristóbal Poyato.
- Adela (1.985) FOTOGRAFÍA (fragmento): Una mujer posa sonriente junto a un arcón frigorífico del que acaba de extraer alimentos congelados (Alfaro, La Rioja, 1978). Autor: Pedro Sanz.
- Los nombres y las aristas FOTOGRAFÍA (fragmento): Agente de economía doméstica baña a una niña ante la mirada atenta de otras mujeres (Alcalá de Henares, Madrid, 1962). Autor/a: desconocido/a.
- Histerectomías de la tierra (el éxodo) FOTOGRAFÍA (fragmento): Imagen reflejada en el retrovisor de un coche: agente comarcal habla a un grupo de mujeres de Molina de Aragón (Molina de Aragón, Guadalajara, 1961). Autor: Quiñones.

Todas las fotografías citadas, salvo Cueva del Fraile y Mujer transportando flores, proceden del archivo fotográfico digital de la Secretaría General Técnica del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.